

HOMBRES, LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA

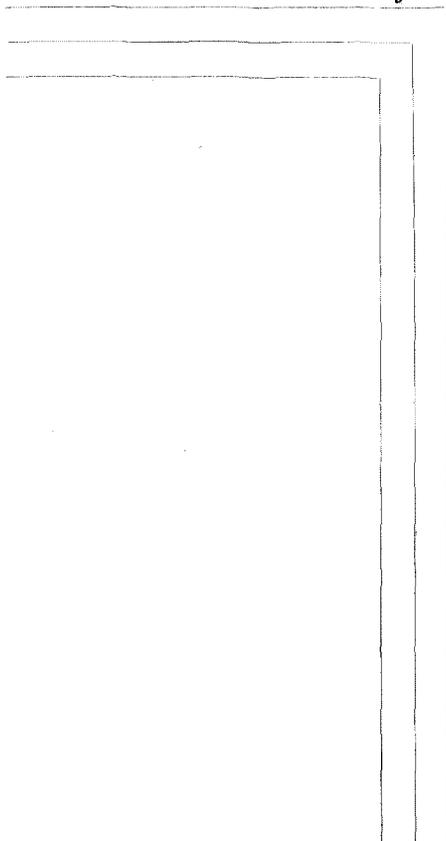
Apuntes para un estudio médico-topográfico de la Comarca

P O R

RAFAEL MAZUECOS



Horizonte manchego



SALIA yo descamisado, abrasado, para ir a la estación, en Cinco Casas, una siesta de Agosto.

Cinco Casas es una aldea pequeña, que vive echada a los haces de una carretera, en la misma cuneta, tostada y curtida por el sol, por los aires y los hielos.

Un hombre extraño, joven, alto, vestido de ciudad, aunque pobre, me preguntó si faltaba mucho para Argamasilla. Se lo dije, siguió y lo contemplé. Lejos, lejísimos, se veía otra figura de hombre, diminuta, como un punto en el horizonte. El más próximo seguía a su paso. La chicharra entonaba su canto monorrítico. El aire trafa bocanadas de fuego. El hombre extraño tendría la sensación de ir a dar a una sima infernal al borde de la inmensidad, que veía por delante, y se volvió.

Llevaba cara de asustado, espantado, como un loco, por la sequedad; los pelos por la cara y los cañones del pantalón pegados a la carne, el camión lleno de tierra; debía oler a tostado.

Los cardos de la cuneta cubiertos de polvo, retenían entre sus pinchos agudísimos las pajas y pelindrajos arrastrados por el viento.

Las piedras, enterradas, no se podían tocar, quemaban, como el suelo. Sin verse, confundidas con el color del terreno, se percibía el correr de las ondulantes lagartijas.

La cinta blanca de la carretera se perdía de vista.

La línea reverberante del horizonte aparecía recortada por el caserío de «Hermosura».

Costaba trabajo respirar.

Se levantó un alto remolino de tierra en la carretera y cuando se pasó, quedó todo sereno, solitario, de una blancura deslumbrante y ardiente que daba sofocación.

La higuera de "El Rasillo"

E

Sino y signo de la tierra

N «El Rasillo», segunda pedriza de Piédrola yendo desde el lugar, hay una higuera.

En Piédrola ya no quedan árboles de los antiguos y de los que yo he puesto no hay ni rastro. Solo esta higuera heroica resiste obstinadamente las bárbaras acometidas del clima, de los animales y de los hombres. Es una higuera silvestre que echa ramas sin cuento por entre las piedras de la pedriza y que se inclinan hacia el barranco abatidas por el peso del abundante fruto. Es una higuera solitaria que, mordida por los animales, mutilada continuamente por los hombres, tronchada por los aires en sus brazos más vigorosos, se obstina en permanecer, crece sin cesar y cuando al caer de la tarde la veis inclinada hacia el abismo, reverenciando al sol poniente, pensáis que no amanecerá y al verla por la mañana considerais milagrosa su existencia, como si estuviera allí por superior designio para que se amanse la cerrilidad y se vea y comprenda el provecho que podrían tener aquellos cerros de piedras, y la rusticidad que hace falta para sostenerse en este suelo, donde forzosamente las plantas, toda clase de plantas, han de ser pocas y escuálidas, escuálidas por mucho que sea su potencial biológico, como en el caso de la higuera de «El Rasillo», porque todo se concitará para anular su pujanza e impedir su floración y pocas porque las escasas de vigor ni aun sostenerse pueden.

Eso es lo que pide y lo que da el terreno y así es como se vive en él. Si algo se desarrolla lo ha de hacer contra viento y marea y pobremente, por confabulación entrañable de todas las dificultades posibles.

HOMBRES, LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA

Apuntes para un estudio médico-topográfico de la Comarca

P O R

RAFAEL MAZUECOS

Mes de Diciembre
del año 1956

PUBLICACIONES DE LA
FUNDACION MAZUECOS
DE
ALCAZAR DE SAN JUAN

FASCICULO
OCTAVO

Alcázar - Mi pueblo

 **L**O tengo en la masa de la sangre.

Tal vez sea una rareza, pero ningún otro paisaje habla con mayor elocuencia a mi alma.

En medio de las más fértiles campiñas siento la nostalgia del árido solar en que nací y este recuerdo, de repente evocado, oscurece como una nube de melancolía el júbilo de la hermosa mañana.

Alcázar es como un libro abierto para mí, en el que leo con placer diariamente; como se lee el Quijote, como se lee el Kempis.

Por donde se abre, allí está la fuente.

Si me hartó y lo arrojé a un lado, me espera y recibe siempre con agrado.

Su tufillo silvestre impresiona mis sentidos y me hace soñar sin estar dormido.

Soñar noches enteras, con aquella vida pobre que parece una quimera y es un placer recordar como única verdadera.

Alcázar es el ara en que oficié diariamente.

¿Que no fué por él solo, sino también por mí mismo? Es indiferente.

Del altar en que ora ha de vivir el sirviente.

Pero el misterio, está en vivir en ello.

Amor profundo, amasado con el sacrificio inestimado de cada segundo.

Con las penas, con las alegrías y las cosas de todos los días.

Peregrino de tu amor,
no me aparté del camino.

Sin pensarlo, guiado del corazón,
te fui fiel en el destino

Y así,
marcharemos hasta el fin.

Solo quiero que al caer

me acojas en tus entrañas
y que me vuelvan al polvo

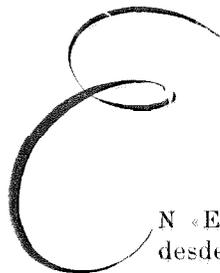
las raíces de tus plantas:
las que me vieron nacer,

las que pisé siendo chico,
las que me hirieron también:

el salicón y el vallico



La higuera de "El Rasillo"



Sino y signo de la tierra

EN «El Rasillo», segunda pedriza de Piédrola yendo desde el lugar, hay una higuera.

En Piédrola ya no quedan árboles de los antiguos y de los que yo he puesto no hay ni rastro. Solo esta higuera heroica resiste obstinadamente las bárbaras acometidas del clima, de los animales y de los hombres. Es una higuera silvestre que echa ramas sin cuento por entre las piedras de la pedriza y que se inclinan hacia el barranco abatidas por el peso del abundante fruto. Es una higuera solitaria que, mordida por los animales, mutilada continuamente por los hombres, tronchada por los aires en sus brazos más vigorosos, se obstina en permanecer, crece sin cesar y cuando al caer de la tarde la veis inclinada hacia el abismo, reverenciando al sol poniente, pensáis que no amanecerá y al verla por la mañana considerais milagrosa su existencia, como si estuviera allí por superior designio para que se amanse la cerrilidad y se vea y comprenda el provecho que podrían tener aquellos cerros de piedras, y la rusticidad que hace falta para sostenerse en este suelo, donde forzosamente las plantas, toda clase de plantas, han de ser pocas y escuálidas, escuálidas por mucho que sea su potencial biológico, como en el caso de la higuera de «El Rasillo», porque todo se concitará para anular su pujanza e impedir su floración y pocas porque las escasas de vigor ni aun sostenerse pueden.

Eso es lo que pide y lo que da el terreno y así es como se vive en él. Si algo se desarrolla lo ha de hacer contra viento y marea y pobremente, por confabulación entrañable de todas las dificultades posibles.

El sol del invierno

DABA al lugar una fisonomía propia, favorecida por la holganza obligatoria de muchos trabajadores y la voluntaria de los que no lo eran. Sin necesidad de corrillos mañaneros ni de reuniones solaneras a la media tarde, nutridas y numerosas siempre, el pueblo en sí tenía rasgos característicos, de honda huella en su carne, difíciles de olvidar a la mirada entrañable que se deleitaba en contemplarlas

En cualquier momento que se recorría el pueblo, ofrecía el contraste de su variedad. Cada rincón tenía su aquél, distinto según la hora, el día y el estado del tiempo. Dentro de eso, cada barrio tenía matices especiales, percibidos y acusados por sus propios moradores.

El sol del invierno, descolorido y cambiante, acentuaba la lobreguez de las calles antiguas, tortuosas y estrechas, que parecían más solas y desde media tarde como cubiertas con el manto de la noche.

Del barrio viejo no escapaba a esta impresión ni la placeta misma de Santa María, aunque no fuera en ella tan penosa la impresión como en las calles de la Paloma, Morón, Salitre, Rosario, Santa Ana, San Juan, Santo Domingo, Príncipe, Torrecilla del Cid, etc.

De siempre, estas calles han estado mejor cuidadas, o tal vez, por menos transitadas, se ha conservado mejor su piso. La huella del tiempo era más perceptible en las casas y la raigambre alcazareña en las personas, en su conformación y en la vestimenta.

El sol del invierno se manifestaba mejor en las calles más nuevas, anchas y en cuesta más o menos pronunciada, aunque entre ellas hubiera algunas, como la del Galgo, la de los Muertos y la de las Peñas, similares a las de Santa María, pero de psicología distinta.

Todas estas calles carecían de empiedro. El Cristo, el Altozano, el Arenal, el Santo, el Paseo, la Cruz Verde, la Virgen, la Carrasola, ofrecían un piso hondamente erosionado, con grandes baches y arroyos labrados por las aguas. La calzada estaba cruzada por sendas para el paso en los puntos más asequibles y las casas, a pesar de la suciedad, de estar menos cuidadas, menos compuestas, parecían más alegres, menos mortecinas que las de allí abajo. En las calles anchas se aminoraba la mala cara del sol, se amortiguaba el contraste, las sombras eran menos densas, la luminosidad más uniforme y la tenue claridad incrustada en lo pardo y refugiada en los charcos hacía menos huraño el sol del invierno.



EL LAR DE LOS MAYORES

La inmensidad de nuestro campo quitaba intimidad al paisaje. Los pueblos, tan grandes, parecían arrojados a distancias inconcebibles, «donde Cristo dió las tres voces», que seguían sin oírse, porque cuando al fin os acercabais a cualquier ciudad, la hallabais en silencio y como muerta.

Alcázar no escapaba a este matiz de la fisonomía manchega, pero tenía algunos rincones muy íntimos y propios por Santa María, que, el mal gusto o quizá mejor la falta de gusto hecho y de sentimiento ancestral, han ido destruyendo poco a poco, desde hace un siglo, por el continuo ir y venir de la Estación, que ha dado a la vida alcazareña esa inclinación a la novedad irreflexiva y a su arquitectura ese aire anárquico o espíritu pueril, inmaduro, de chico caprichoso que se le antoja lo que ve, pegue o no pegue, y deshace el juguete por el gusto de deshacerlo.

Lo peor del caso es la imposibilidad de que se produzca la reconvencción, porque las personas no existen y del antiguo lar apenas si la iglesia se sostiene, falta de ambiente ya y como aislada por una corriente de impresionismo modernista que le llega en todas las direcciones.

De haberse conservado en Alcázar el sentimiento filial y el sentido tradicional, el barrio de Santa María sería una verdadera joya, el arca aromatizada de historia, donde los buenos alcazareños sentirían al entrar el orgullo de su cuna, el honor de la casta, que no se improvisa, la complacencia de la continuidad. Los venidos de fuera sentirían la admiración a lo trascendente y todos el amoroso respeto que inspiran los orígenes, el lugar de la nacencia.

Ello no hubiera impedido la necesaria renovación, antes al contrario, la hubiera favorecido mucho, porque es de rigor que se reemplace lo caduco pero conservando las esencias y las apariencias, porque de la unión del alma y el cuerpo depende la manifestación vital.

En este barrio viejo, antiguo nido de serena paz, cuya belleza solo puede apreciarse a través de su poesía, se han hecho en un siglo muchas cosas nuevas y ninguna apropiada. Conserva algo de su trazado, casejas arrugadas y empedradas, tal cual parra o higuera centenarias, cierta sonoridad silenciosa, cierta intimidad humilde, que si no lo sublimiza le hace ascender hacia el cielo y lo liga a lo de atrás con hilo que interesa seguir para el resurgimiento ulterior, si se hace el milagro.



Floreçillas del campo

El Angel de «Borrego», (mi pariente Angel, por llamarle como él me decía a mí) era un hombre rudo, como fuimos siempre todos los de la familia. Se diferenciaba de otros de su clase en la pureza con que se conservó, sin amanerar su vocabulario ni deformar su pensamiento, aunque solía leer el papel y acudir donde se comentaba.

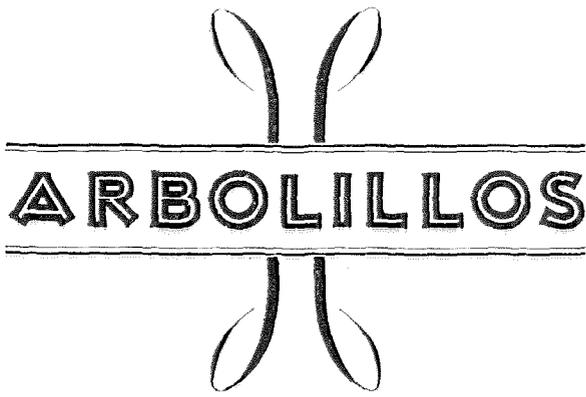
Sintió tan hondamente la necesidad de quitar la hierba para la salubridad de los cultivos, que hasta cuando no podía tenerse y visitaba por casualidad algún haza, que ni siquiera le pertenecía, dirigía sus pasos hacia las matas más perjudiciales y las arrancaba incansablemente.

De seguirle e imitarle, aprendí lo difícil que es esta labor y cómo la naturaleza selvática se adueña de todo al menor descuido. Entrar en el monte arrancando matos para poner una planta de utilidad reconocida, no es una tarea baladí.

Aunque la arrancaba, en el fondo, el Angel admiraba lo silvestre, considerándolo como lo natural y se deleitaba ponderando su vigor, su arraigo y su frondosidad. La planta de cultivo, rodeada de cuidados, parece al menor descuido y la silvestre, en cambio, arrancada de raíz, perseguida implacablemente, retoña una y otra vez y se enseñorea del haza tantas veces como el cultivador suspende su hostilidad o se toma un descanso en su tarea.

El hombre que se aficiona a los cultivos delicados, ha de contar con un cuidado mayor y una cosecha mínima, ha de arrojar la semilla en abundancia, como el sembrador de la parábola evangélica, porque mucha no podrá germinar o será disipada por el forraje.

—No hay que darle vueltas, ésto es lo suyo, lo del terreno, decía el Angel, sumiendo su boca sin dientes y con una paja entre los labios. ¡Muchacho, qué gusto si las cepas se criaran como los salicones o las tobas.



ARBOLILLOS

El mucho sacrificio y poco provecho que proporcionaron siempre los árboles aquí, hizo que la resequeza del suelo se enseñoreara del espíritu del hombre y que aguantara indiferente la dureza del clima, sin amparos de ninguna clase. Falto de protección también el suelo se había ido descarnando de tal manera, que en muchos sitios tenía los huesos al aire, pues no otra cosa significaban las capas de piedra arenisca visibles en muchas calles y plazas. La tierra suelta, libre de raíces, era arrastrada por las aguas hasta dejar el esqueleto raído, y el hombre, ganado por el abandono, la veía irse abstraído, sentado en las pasaeras, como poso de las nubes, los días que estas descargaban con violencia y dejaban embarrizadas las calles de la corriente.

Para el alcazareño aquello era una fatalidad y hay muchas dudas para creer que comprendiera el fenómeno, ni siquiera que intentara apreciarlo.

Por aquellos tiempos la desatención a las plantas era tan general, que permitía apreciarse lo que la tierra daba de sí ella sola y lo que esto pudiera suponer estaba reflejado en el vocabulario general. La gente hablaba de «los cuatro arbolillos» de tal o cual placeta. Y no eran muchos más, ni su desarrollo exigía pasar del diminutivo. Su cuidado era también ínfimo. Algunas tardes del verano les echaban un cubo de agua del pozo que había en cada glorieta, pero convencidos todos de que aquello era, según valoración estricta de «Benege», como el que le lava el culo al gorrino.

Los arbolillos, a duras penas sostenían las hojillas amarillentas, que parecían siempre las mismas y poco a poco iban muriendo, sin pasar nunca de la segunda infancia. «Benege» junto a la cuba, con el pito recalado, sujetando con la zurda la mancha contra el pedernal y el eslabón en

la diestra, para sacudirle, con la vista en el suelo y el pensamiento en lo más hondo, se hacía mil confusiones y no daba con el por qué se secaban los árboles, aunque decía él, sin saberlo, que si sería que había algo abajo.

—¿Qué «quiés» que «haiga»? le decía «Caguín» alzando la cabeza, con los ojos entornados y rebrillantes; no ves que no hay suelo. Es que aquí no «pué» ser.

—Pus ves al Paseo y verás, como dice mi hermano Higinio, que hay cada tronco que no lo atrabanca uno solo. Y si no, el que hay en ca «Perra».

—¡Toma, y eso quién lo sabe! Pero dime otro en el lugar.

—¡Otro! pus tos los de allí están igual.

Y tenía razón «Benege» aunque supiera más de tierra «Caguín». Los del Paseo eran los únicos que el pueblo llamaba árboles, los que se desarrollaban normalmente, pero también tenía razón Juan; eran los que tenían suelo y humedad. La Estación sujetó la tierra, impidiendo que la corriente se la llevara a «La Veguilla». Se mejoraron las condiciones de cultivo de «Las Santanillas» que ya habían llegado al máximo de descarnamiento en los «Pilancones», ahora tapados casi del todo, y las aguas del «Tinte», pasando por debajo de las vías, hicieron posible el Paseo de una forma natural.

Si el hombre hubiera puesto algo de su parte, en esa corriente, que era todo campo, podía haber un bosque. Y con más o menos sacrificio, otras zonas se hubieran aprovechado, también.

Todo el que haya transformado algún escombral en jardín sabe que no es imposible cambiar la fisonomía de Alcázar. «Benege» que, como se sabe, tenía ramalazos, se lo figuraba, aunque «Caguín», equilibrado, realista, cansado, no le hiciera caso.

EL PUCHERO

ERA el nombre que se le daba en Alcázar al cocido antes de que se impusiera integralmente la influencia madrileña.

—Yo tengo puesto «puchero»—decía la vecina.

—¡Hija, he puesto un poco «puchero», que es el arreglo, porque luego no se sabe qué hacer!

Vamos a vaciar el «puchero», se oía a la hora de comer.

Con el ir y venir del tren y la contemplación en las calles de la Corte del albañil y su parienta, mano a mano, con la fuente de cocido, se fué abandonando la terminología lugareña, reemplazándola por la que se consideraba más fina.

—Lo principal es asegurar el cocido, decían los ferroviarios novatos. Después ya veteranos y más impregnados del ambiente chulesco,

hablaban del *coci* y del *píri* y del *dasayuno* en el *tupi* de 0'15.

A mí me duró mucho el «puchero» y el almuerzo fuerte, porque mi padre, buen guisandero como buen gañán, no se avenía a comer de cualquier manera y ufano de su arte había de comer caliente y de caldo siempre, aunque no fuera más que unas sopas cominas o mojete claro, que enristraba en un dos por tres para cenar o almorzar y, a medio día, estando en el pueblo, «puchero» seguro, con sopa de pan, siempre, cortada con la navaja chata en grandes rebanadas del tamaño de los picatostes, pero finas, transparentes, iguales, que se empapaban instantáneamente y se comían en su tiempo con pimienta cruda y berza de repollo con tomate hervido, ajo y cominos, que era un aliciente magnífico para engañar los garbanzos.

LA ALAMEDA

LOS alcazareños afincados en la *Lameda* dieron en decirle «la aldea» y todavía se la oye designar de este modo con frecuencia. Sin embargo, los amigos de la exactitud, escribían el nombre íntegro, capaz de enloquecer al más ponderado caballero.

Por ejemplo, el año 1857, el Presbítero y vecino de Alcázar D. Francisco Antonio Vela, fué nombrado en propiedad para el destino de Capellán de la Capellanía de la ermita de San Lorenzo, del Real Sitio de la Alameda de Cervera, término de la Villa de Alcázar de San Juan, en el Gran Priorato y que estaba vacante por fallecimiento de D. Agustín Fernández Ballesteros.

La Alameda tenía, pues, Cura propio y realeza y un castillo, de todo lo cual no he podido saber nada, todavía.

De chico pasé una vez por allí para ir a Tomelloso y quedé impresionado de su arboleda. Al poco tiempo empecé a cruzar por Aranjuez y siempre he asociado aquellos paseos con los de las laderas del canal del Gran Prior, pero ¡qué diferencia en el cuidado de uno y otro sitio Real!

Por aquellos años, del Cura Vela, el 14 de Noviembre de 1860, cuenta el «Pití» que salió San Lorenzo en procesión por el pueblo y enseguida se metió en un carro y lo llevaron a la Alameda «acompañándolo las autoridades hasta la primera puente de la Puerta Cervera», dice castizamente el hermano Antonio.

Luego, lo trajeron al pueblo para retocarlo y predicó D. Jesús Romero.

CONFORMIDAD

HE conocido a algunos viejos y muchas viejas, que andaban por el pueblo como sombras, sintiendo que Dios no les llevara para acabar su «penaero».

A muchos los ví muertos en su cuarto, en caja de tablas, forrada de percalina, puesta en el suelo y un banquillo, sin velas, orilla.

En la cocina de enfrente dos o tres personas allegadas hablaban y «cumplían», esperando la hora del entierro.

De cuando en cuando entraba una vecina que, sonriendo, decía: «¡ya se ha muerto la fulana! Ha hecho bien. ¿Qué hacía en el mundo?» Y todas asentían.

Tenían estos muertos unas manos que se

parecían a las de cera que había en los Cristos, colgadas en los clavos de las paredes, traslucientes y amarillas que resaltaban con lo pardusco del rosario entrelazado en sus dedos, manos de muerto de verdad, tapado con un pañuelo, dejadas sobre las ropas con la indiferencia suma y la frialdad penetrante del exvoto inerte, recuerdo remoto de esfumados anhelos, tan idos, que durante mucho tiempo anduvieron despegados del mundo y hartos.

Ante la conformidad general de la oportunidad de estas muertes, resalta la quietud, permanente, fija, inalterable; la cérea palidez de esas manos que son como una acusación muda de la inutilidad de todas las consideraciones humanas.

La huerta del fraile

HACE tiempo que no oigo este nombre. ¿Han desaparecido el nombre y la huerta? Tal vez han desaparecido todas las huertas de los frailes,

Yo recuerdo mucho la de los Trinitarios de Alcázar. Una de las portadas a que solíamos asomarnos los chicos al salir de la escuela era la de la huerta de los frailes, situada en el callejón. El callejón de los frailes, que es el nombre propio e insustituible de la calle Torres.

Tengo, además, otros motivos de recuerdo en la escuela misma de D. Cesáreo, que es la única a que fui. Los frailes iban allí con frecuencia. Como vascos, eran aficionados a la pelota y el maestro aprovechaba la tarde de los sábados que nos soltaba una hora antes— a las cuatro— para irse a jugar al convento, de donde volvía con la mano hinchada. Ya mayorcillo, iba con él algunas tardes hasta la puerta, donde me despedía. Era un poco antes de que mi padre tomara la decisión, que cada día considero más acertada, de ponerme a trabajar, cuando se debatía entre sus escasos recursos y el deseo de que estudiara y D. Cesáreo me proporcionaba libros de los que desechaban los de segunda enseñanza, alguno de los cuales, como el método de francés, conservo cuidadosamente unido al recuerdo de su primer dueño, que lo fué Rafael Bonardell.

Pasé por ese momento de quiero y no puedo, en el que todos los grandullones me miraban por encima del hombro y el desplazamiento a un oficio me alejó por el momento de toda posibilidad de estudio, poniéndome mi madre a dar lección de guitarra.

Cruzar por la portada de los frailes y no asomarse a la huerta era imposible para los chicos y muchas veces estuve viendo cavar a los religiosos en los tiempos de fray Andrés.

Pasaron 30 años, y en plena lucha con los propios sentimientos, busqué yo cauce a las energías sobrantes en los astiles del pico y de la azada que empecé a usar desafortunadamente por las madrugadas, haciéndome mi propio huerto.

Recordaba siempre a los frailes, cavando en la huerta.

De chico no comprendía su importancia; después no me explicaba su desaparición y pienso que su falta habrá tenido alguna influencia en la vida monacal. Será un imperativo de los tiempos, pero cuando se trata de domarse a sí mismo y andar derecho, hay que estar hechos a empuñar bien la esteva.

En todo huerto individual, lo de menos son los pimientos o tomates que puedan criarse, que nunca estorban, lo demás es el provecho del hombre, el sosiego de su alma y el santo gozo con que ve germinar la buena semilla en la tierra removida con sus brazos, cuando gastada su fuerza en el empeño noble, solo le place la contemplación del sembrado y la esperanza de la cosecha que le ilusiona.

Se han repetido tanto estas figuras literarias a partir de la parábola del sembrador, que casi nadie cree que al hablar de bajar al huerto y cavar se trata, efectivamente, del acto de cultivar la tierra, lo cual es un grandísimo error, pues hay muchos momentos y muchos estados en la vida del hombre, sobre todo del hombre vigoroso, que no tienen mejor tratamiento médico ni más satisfactorio resultado que unas horas de cava diaria en el instante adecuado, lo cual no impide cumplir otros deberes, ni rebaja un milímetro la jerarquía.

No es una mera añoranza de viejo el echar de menos la huerta del fraile. Una mata de tomate se cria sola en cualquier parte, pero un hombre no se mantiene firme sin un buen apoyo externo, sin una fuerza interior que lo sostenga y sin una válvula de seguridad que equilibre las fuerzas.

La educación, la formación, le hará ir por el buen camino; la coacción social le ayudará a sostenerse, pero es seguro que sin satisfacción ni válvula de seguridad se torcerá muchas veces. El fraile aquel de la huerta a que dió nombre, encontraría siempre en ella un buen cauce para sus energías y un apacible sosiego para su alma, según mi experiencia; por eso es de sentir su desaparición.



EN pocas ciudades
sucederá como

en Alcázar, que los edificios de la Asociación tengan un carácter de interés general, porque cada uno de los vecinos esté ligado, directa o indirectamente, con esta organización singular.

Para el común sentir de las gentes, las escuelas ferroviarias, el edificio de la Zona, es como si fuera una dependencia de la estación y la estación es el refectorio donde la población repara sus energías. Cualquier detalle del carril resalta en la vida alcazareña, pero este de inaugurar el edificio social de la Asociación no era un detalle, sino el logro de una aspiración tenazmente sostenida por los asociados y la iniciación de una obra cultural con tendencia a formar al futuro empleado mejorando su competencia y sus condiciones de vida, que es a la postre elevar la vida de Alcázar y mejorar la propia de la nación.

Este singular acontecimiento tuvo lugar el día 14 de octubre de 1923, con asistencia de los directivos y de las autoridades civiles, militares y eclesiásticas del pueblo y de la provincia, día de júbilo y entusiasmo profundos que no pudo amortiguar la lluvia persistente más que en el detalle insignificante del bullicio callejero.

Los actos fueron brillantes y concurridos. Conservo de ellos el recuerdo como de algo a lo que animaba firme confianza y esperanzada seguridad, respaldada por la obra anterior de previsión y fraternal apoyo al asociado. Las palabras de aquellos actos no eran las vanas palabras de tantas otras reuniones, que se desvanecían momentáneamente; allí, en aquel aire, había algo más, algo que se manifestaba en la emoción no siempre contenida de los concurrentes, cuyos ojos se enrasaban de lágrimas y en la satisfacción íntima, apreciable en las palabras que se de-

LA ASOCIACION

cían unos a otros, entrecorridas por el temblor de los labios e incluso en el alar-

de orgulloso que da la seguridad del poder, movimientos todos incontrolables que afloran impulsados por los más espontáneos y puros sentimientos y alcanzan la efusión suprema en momentos como aquel en que el Obispo, aludiendo a las indicaciones de Vicente Sol y deteniéndose en la particularidad del Colegio de Huérfanos, refiere el caso del niño cuya familia cae en la miseria y queda solo, por fallecimiento de los padres. Lo trasladan a muchas leguas, a un colegio como el que querían crear los ferroviarios y aquel niño, abandonado y triste, llegó a un puesto elevado: era él mismo.

Ya se puede suponer la ternura con que el Sr. Obispo oiría hablar del Colegio de Huérfanos y no es difícil imaginarse la sacudida que se produjo en el salón al escucharle la referencia y la ovación delirante con que todos en pie acogieron sus palabras; ¡Qué momento aquél! ¡No la lluvia de un día invernal, ni el diluvio hubiera apagado aquel entusiasmo!

Ha pasado el tiempo, mucho tiempo, más de lo que parece. La Asociación ha crecido, ha realizado obras increíbles. El edificio de Alcázar, espléndido aquel día memorable, se quedó quieto y parece que se ha empequeñecido, pero no, no lo achican las nuevas construcciones del pueblo ni las majestuosas en que la Asociación ha ido alojando sus Zonas, porque está en Alcázar, tierra donde galopa Clavileño, ondeando la insignificancia estática con los humos de lo suficiente insuperable y donde el impulso de una vez conforma para muchos años de necesidades creadoras, acallando con el recuerdo de lo que se hizo, las diarias inquietudes.

La Asociación en Alcázar está constituida predominantemente por alcazareños y si no lo está es reconocible la preponderancia del espíritu alcazareño, como lo es en la estación misma, desde que se montó. No hemos de culpar a nadie, de sus faltas y sobras. Son, localmente consideradas, como somos nosotros, como son todas las cosas cuando llegan a la orilla, diferentes en cada punto, con el sello que las reciprocas influencias y necesidades les ponen. Y si Alcázar no ha llegado en ningún terreno a donde estaba obligado, no hay que extrañarse de que no tenga la mejor estación de la red, ni las mejores escuelas y talleres de la Asociación y de la Empresa misma, para que sus hijos fueran los técnicos futuros del ferrocarril.

Pero de lo bien construí-

ACTA

En la Ciudad de Alcázar de San Juan, a 14 de Octubre de 1923, los abajo firmantes, autoridades de la Provincia e individuos de la Junta de Gobierno de la Asociación General de Empleados y Obreros de los Ferrocarriles de España, y de la Directiva de la Zona de ésta en dicho punto, se reunieron en el salón de actos del edificio construído para Escuelas y dependencias de la Junta de Zona, con el fin de inaugurar esta casa de previsión, paz y trabajo, cuya primera piedra fué colocada en 29 de Enero de 1922.

Firmado: Luis Aza; Narciso Estenaga; Coronel Gobernador D. José Rivera; D. Rafael González; D. Carlos Morales; D. Miguel Pérez Molina; Enrique Cabello.

do queda siempre algo y Alcázar tendrá siempre ese edificio, sólido y hermoso, de la ejemplarísima Asociación y el caso no menos ejemplar del Obispo Estenaga, que como úl-

tima piedra de su fábrica y norte de su vida, le fué marcado el abrir sus puertas, hecho trascendente que no podía dejar de consignarse en esta obra.

LA COMIDA EN EL BUFFET

La lengua, como la vida, lleva las cosas con rigor uniforme y no solamente decaen las voces castizas y propias sino las advenedizas también. Este galicismo, importado probablemente por los treneros y que llegó a adquirir cierto uso, no se ve ya por ninguna parte, aunque ha sido sustituido por otros del mismo origen.

Después de ver lo que comían los pastores en otro lugar de este número y el precio a que se adquiría, resulta muy oportuno reseñar la comida de los treneros en los Buffets de las estaciones, en la misma época.

Es una gran suerte en tal sentido poder reproducir este documento, irrecusable por su carácter oficial y que debemos a la amabilidad de su poseedor, Enrique Belmonte Cuartero.

FERROCARRILES DE MADRID, ZARAGOZA Y A ALICANTE

Dirección de la Explotación

Circular núm. 37

Extracto de los contratos celebrados con los arrendatarios de los Buffets de las líneas.

Almuerzos y comidas a la mesa redonda, en donde exista, compuestos como lo expresa la tarifa, seis y ocho reales respectivamente; el exceso se pagará a precio de tarifa.

Almuerzo o comida compuesto de sopa, dos platos de carne, otro de legumbres, un postre, media botella de vino y pan, cuatro reales.

Almuerzo o comida compuesto de una sopa, un plato de carne, otro de legumbres, un postre, una copa de vino y pan, dos reales.

Los empleados que coman a los precios de cuatro y dos reales, no podrán hacerlo en los Buffets durante la parada de los trenes de viajeros, a menos que estén de servicio en los mismos y nunca en la mesa redonda.

Por el exceso pagarán, por una chuleta un real, por un plato de guisado dos reales.

Los empleados pagarán el vino común a razón de un real por botella; el café solo (taza francesa) un real y con una copita de coñac, dos reales.

Las copitas de coñac, rom o marrasquino se pagarán a real cada una; los demás licores, al precio de tarifa.

La tarifa estará de manifiesto en los Buffets y a vista del público.

Madrid, 1.º de Junio de 1869.—El Director de la Explotación, E. Le Masson.



Al llegar la bandera de la Asociación al Ayuntamiento de Alcázar se hizo esta fotografía de la comitiva en la puerta, fotografía a la que el tiempo ha dado un valor histórico considerable en diversos aspectos de la vida alcazareña, que no se ocultarán a los amantes del lugar.

En ella figuran muchas personas conocidas, cuya identificación servirá de entretenimiento a los lectores, pues a nosotros nos ha sido imposible puntualizarlas a todas y para evitar equivocaciones seguras renunciamos a consignar sus nombres.

Nomenclatura alcazareña

El continuo trasiego de personas y cosas impuesto por el ferrocarril, ha ido privando a la vida alcazareña de todos los rasgos típicos sin que hasta ahora hayan cristalizado los de una nueva forma. Esta renovación tal vez sea

lo más sobresaliente y lo que diferencia la vida de Alcázar de la de todos los pueblos manchegos hasta en los más mínimos detalles, uno de los cuales y bien significativo, es el de los nombres en uso, introducidos al amparo de la mayor simplicidad y de la falta de un profundo sentir localista, que el tren se ha ido llevando poco a poco, al mismo tiempo que nos traía los más importantes elementos de vida.

La mayor agitación nuestra en relación con la de otros lugares impide, además, que las apreciaciones vulgares se concreten y sedimenten en formas definitivas e incluso dejen de producirse fenómenos característicos de la vida rural como el de los motes, haciéndose con ello más fácil la introducción de voces exóticas, inexpressivas y sin ninguna significación local, con lo cual Alcázar pierde factores propios de su intimidad que se hubieran conservado solo con dejar a la gente manifestarse y después haber ido la representación oficial a confirmar o corregir discretamente, que es lo que pasa con las leyes y las costumbres que las hacen, que es cuando están bien hechas y se cumplen.

La versatilidad de esta pueril inclinación estimulada de unos en otros ha convertido el callejero de Alcázar en una colección de nombres sin ninguna significación local y, más todavía, los nombres propios de las personas en la mezcla más abigarrada y absurda que quepa imaginar.

En los años a que nos venimos refiriendo ha crecido mucho la ciudad. Son bastantes las calles nuevas, casi más que las viejas. Ha habido oportunidad de crear una nomenclatura original, expresiva y castiza, alegórica o descriptiva, que la simple imitación del asombrado viajero de la Corte, sin criterio propio, ha malogrado.

Las calles tienen su personalidad, que se ha ido formando con la vida, con el vivir en ella, pasarla, considerarla, distinguirla. De distinguirla

precisamente brota el nombre primero, por lo general, propio. Y cuando el mismo vivir, la evolución natural, el cambio de gentes y de usos, hace perder significación al nombre, el pueblo lo va cambiando poco a poco. La calle tal, cuyo nombre

ofrece dudas, en donde vive fulano o donde han puesto esto o aquello. Toda calle ofrece matices especiales, por los que se recuerda muchos años; unas cosas de mera apariencia, que se observan a simple vista y otras más hondas, que no se ven tan aínas; el zapatero fulano, el vecino borracho, la vecindona implacable, el recuerdo de una riña o la costumbre de tal función.

Otros pueblos, casi incomunicados y de un nivel cultural modesto, han tenido un acierto sorprendente al denominar sus calles: Miguel Esteban tiene una calle que se llama nada menos que «Miradores del Campo»; otra, «Villa de las Flores»; otra «Calle de la Perdiz»; otra, «Cruz Sorda», «del Palomar», etc., etc.

En lo que va de siglo se han creado en Alcázar barrios enteros. El primero el del Camino de Quero, coincidiendo con el auge del barrio de Salamanca, de Madrid, y la ingenuidad lugareña pensó que Alcázar «que es un segundo Madrid» debía de tener otro barrio de Salamanca para no ser menos y así lo rotuló, dando el mismo nombre a la calle principal y naturalmente a nadie se le alcanza el por qué de tales denominaciones.

Otras calles nuevas se ve que han sido tituladas por sugerencias de personas más o menos instruidas, pero no menos faltas de criterio propio en esto. Se puede decir, sin temor a equivocarse, que las calles del Doctor Creus y de Prim, fueron rotuladas por D. Magdaleno y tal vez otras de nombres castrenses.

Todo lo anterior podría aplicarse al barrio nuevo del Parque y al de los Cuatro Caminos, cuyo nombre es harto elocuente para evidenciar la imitación que se abserva en nuestro callejero.

El único barrio que ha conservado el nombre propio, a pesar de que no se le haya hecho resaltar, es «El Pradillo».

En cuanto a las calles, quedan algunas con su denominación primitiva, clara, conocida

y comprendida por todos como expresión espontánea brotada del fino instinto popular: nombres sugeridores de cosas familiares y poéticas que dan una suave emoción de intimidad o bien indican las cualidades del solar primitivo, como «El Arenal» sin el apelativo superfluo de «Plaza», verdadero colector de la erosión de las alturas que lo circundan. El Altozano. Los Alterones. La Torrecilla. La Mina. El Arroyo. La calle de las Peñas. El Pozo Coronado. El Pozo Cardona. Algunas rememoran los antiguos accesos como «La Puerta Cervera» o bien el punto de destino como la Carretera de Herencia, la de Criptana, el Camino de Quero, la calle de Toledo, la de Madrid, la del Salitre, la del Santo, la de la Virgen, todas sin más calificativos que la expresión popular no necesitó para distinguir las.

No faltan aquí los nombres debidos a la agrupación de gentes de un mismo oficio, como la de Tintoreros, Yeseros, Horno, Tahona, Tinte. Ni las indicadoras de su proximidad a los templos: Santa María, Trinidad, Paseo de las Monjas, Santa Quiteria, San Francisco, ni las evocadoras de antiguos episodios como la del Cautivo, la de Medallas, Almireces, Príncipe, Placeta de Palacio, Cruz del Tolmo.

Del santoral cristiano hay San Juan, San José, del Rosario, del Carmen, e indicadoras de su servicio, la Corredera y la Rondilla, o alusivas a su creador como «Estrella» sin «de la» porque la Estrella a que alude es a la de Eulogio, siendo por tanto la calle **de** Estrella y no **de la** Estrella. Otras hay que a pesar de haberles aplicado uno o más nombres se siguen conociendo por el suyo propio, como por ejemplo la del Cristo, la Plaza, el Paseo, el Boquete de Santa Quiteria, etc. Por cierto que en este estaba la Cruz del Fantasma, que no se ha restaurado ni hay nada que recuerde esta leyenda tan maravillosamente evocada por D. Juan Guerras.

Algunos nombres de calles han caducado de una forma natural, por haberse extinguido todos sus atributos, como la Plaza de la Fuente, que dejó de ser plaza y de tener fuente.

Muchos callejones hay en el pueblo y algunos han venido a quedar tan céntricos que su presencia complica mucho la urbanización. Todos desempeñaron funciones útiles de servidumbre para los carros de labranza y a cada uno se le solía llamar con el mismo nombre de la calle a que servía: callejón de la calle de Toledo, callejón de los guardias, etc.

Algunos de esos callejones de portadas,

se han transformado en calles insensiblemente, como la calle de la Tahona, después llamada de la Independencia por uno de esos caprichos de que nos lamentamos. La calle del Príncipe es otro caso de transformación y además de afortunada conservación del nombre histórico

Algunas de estas vías auxiliares llevan el nombre de callejuelas, como la callejuela Cerrada, tal vez más propio que el de callejón, por expresar más gráficamente su condición de vía secundaria de la que le da nombre.

Cuando el callejón era muy corto y servía a menor número de portadas, solía llamársele **rincón**: rincón de los Frailes, rincón de la Estación, rincón de la Puerta Cervera.

En los nombres propios de personas, la influencia ferroviaria no era tan manifiesta al final del siglo. Los más influyentes entonces eran los que salían a colocar los productos de la tierra y a traer los que no se producían en ella, personas todas de mucho asiento, pero que no solamente traían habichuelas y garbanzos, sino que el prolongado contacto con otros medios y su asimilación repercutía aquí con modificaciones de usos y costumbres y profundos cambios en el pensamiento alcazareño, que tuvieron una manifestación pueril en la rareza de los nombres elegidos para distinguir a sus hijos.

El factor ferroviario se sumó a este cambio por el aumento del personal, por la mayor facilidad y frecuencia en los viajes de los agentes y sus familiares y por la mayor exigencia de la Compañía en cuanto a la instrucción de sus empleados, por no poder tenerlos totalmente analfabetos, como los tenía al principio. Muchos de estos se aficionaron a los temas de historia tratados en los epítomes elementales, que manejaban bajo la tutela del Sr. Bernardo y sus colaboradores, Higinio y «Engalgaliebres».

El tercer factor importante en este cambio estaba formado por las tertulias de barberías, carpinterías, carreterías y herrerías, pero, sobre todo, de guañicionerías y zapaterías, donde por hacerse el trabajo sentado y poderlo estar también los concurrentes, los comentarios se dilataban muchísimo y los temas se consumían del todo diariamente, temas que desbordaban las bardas del lugar con la llegada del papel que llevaba «Caguillo» puntualmente y que se leía en alta voz, aquilatándose después las medidas del Gobierno. Es incalculable la influencia de los talleres de zapatería en la vida de Alcázar. La lectura de los discursos parlamentarios llega-

ba a enardecer a muchos oyentes, si se leían regular, y muchos nombres que se oyen todavía no hay duda que fueron fruto de aquella admiración por los grandes hombres que los llevaban, pues no hay ningún otro motivo local que lo justifique. Algunos Arsenios lo fueron por lo mucho que se destacó el General Martínez Campos, cuyo nombre era Arsenio. Otros Práxedes lo fueron por Sagasta. Sócrates hay fruto de una contemplación más remota del filósofo griego y así sucesivamente. Los nombres de algunas calles tienen el mismo origen: Azcárraga, Polavieja, Cánovas del Castillo, Ramón Chies, etc.

De muy chicos teníamos enfrente una familia cuyo padre, por cierto muy serio y riguroso, forzó bastante su fantasía. A un hijo lo llamó Aproniano.

Desde entonces la cosa ha revestido caracteres verdaderamente carnalescos y cualquiera que haga memoria puede recordar las palabras más faltas de sentido como nombre propio de persona. No es que sea este rasgo exclusivamente alcazareño, pues en algún pueblo inmediato hemos oído los nombres de Burgondófora y Niníódora, por ejemplo, pero desde luego en ninguna parte se ha dado este caso con la extensión y la persistencia que entre nosotros y, sobre todo, con el singular empeño de buscar la excepcionalidad como rasgo único del nombre, no reparando para lograrlo en deformar el vocablo o en aplicarlo con notoria impropiedad. Así tenemos: Lieja, Argensolo, Orestila, Auvernia, Astenedora, Herpórtila, Impérides, Waldestrudis, Desliris, Abiana, Enebeida, Almería, Enéfila, Edesia, Redismundi, Rodefundis, Eugegabina, Aves, Atenodoro, Aristónico, Rutilo, Prepedino. Rudalvi y muchísimos más del mismo estilo.

No sorprende que con este aluvión de nombres extravagantes disminuyera la adjudicación de mote, como si la gente, asombrada de los nombres propios, no supiera qué hacer con las personas que los llevaban, porque bastante tenían. No obstante, el apodo es lo verdaderamente castizo y expresivo y muchas veces lo maravilloso, donde se manifiesta el saber popular, su agudeza y penetración inigualables, hasta las más profundas raíces de la personalidad, comprendidos su herencia biológica y su constitución, pues sabiendo algo de esto se queda uno absorto al ver el acierto de algunos motes, no comprendiendo que haya quienes se enfaden porque se lo llamen, pues en realidad son más grácicos que los nombres propios, que empeza-

ron por ser motes también o modos de distinguir a las personas unas de otras, tanto, que muchos han salido del seno de las propias familias y puestos por los padres mismos, señalando un defecto físico o un orden de prelación, tomando como base el apodo familiar: «El Chato de Pellas», «El Bizco Sábana», «El Cojo Talán», «Faco el del Medio», «Periquillo», «Borrego», «Rufao», «El Manquillo el Barbero», «El Cojo el Guarnicionero», «Poca Cola», «Colilla», «El Repretao», «Caguín», «Recalco», «El Jaro», «El Porrero»... Incluso muchos puntos de la ciudad van unidos a los apodos: La esquina del «Cabezón». El Rincón de «Leña», el del «Catre», etc.

Los nombres del campo tienen la prosapia del apodo. La claridad del mote acredita la pureza del linaje en la tierra: «El Salobral», «La Muela», «Piédrola», «El Cerro Gordo», «Los Anchos», «Los Parrales», «Villacentenos», «Las Peñas Rubias», «La Veguilla», etc. Y también aquí van muchos ligados a las personas: «El carril de la Casa del Majo», «La Casa de Malagueña», «La Casa de los Velas», «El Chozo del Cuco».

Otros muchos hay, harto expresivos, que sería prolijo citar, pero que están en el ánimo de todos y que incluiremos algún día entre los comentarios minuciosos de nuestras costumbres.

Entonces habrá que registrar un curioso fenómeno moderno, indicador de lo difícil que es comprender a la humanidad. Tienden a desaparecer los motes. Es asimismo manifiesta la disminución de nombres raros. Pero en cambio, se acentúa la tendencia de las familias en dar a los niños nombres diferentes de aquellos con que los bautizaron, formados con sílabas sueltas, asociación de iniciales, anagramas, contracciones o simples caprichos incomprensibles. Es decir, que los que abominaban de los motes, buscan para sus hijos otros no siempre más bonitos y nunca tan significativos.

Si al oír llamar uno de estos preguntais el nombre del jovencito, os dirán: «Se llama Juan, pero le decimos Pupi».

Antes, las familias se conformaban con los diminutivos: Pedrito, Pepito, Juanito, casi inevitables para los que llevaban el nombre de los padres, pero ahora se ha caído en la extravagancia y en la confusión más sorprendentes.



Algunas personas se enfadaban cuando las nombraban por los apodos. Una de ellas era «Benege». Hermenegildo Izquierdo, hermano de «Pintafriles». Del nombre y de la manera de pronunciarlo él, la gente sacó lo de «Benege», con que se le conoció siempre y se siguió distinguiendo a sus hijos. Uno de estos tenía un chico albañil y cuando lo oía nombrar por el apodo, decía: «No le digáis

A propósito de los apodos

«Benege», que para eso me gasté seis reales en bautizarlo».

La realidad era que no se había gastado nada, porque dejaba a los chicos sin bautizar hasta que venía Menasalvas a ver a la familia y como era primo hermano suyo, se los bautizó a todos de balde. «Benege» era de los que las tenían mortales y muy juntas y enredadas, como las cerezas.

Entre los apodos de este, de origen estacionista y debido a un rasgo de nobleza muy plausible.

El antiguo inspector D. Rafael González fué agredido gravemente por un subalterno, el año 1910. Cuando estaba solo en su despacho, entró el mozo y le hizo un disparo a bocajarro. A continuación sacó una faca para completar sus siniestros propósitos, pero a las voces, entró el guardafreno Pedro José Rodríguez Ramírez, que con el riesgo consiguiente pudo sujetar y desarmar al agresor, resultando lesionado en una mano.

La meritoria y abnegada conducta de Pedro José, mereció los más caluro-

''Salvavidas''

los elogios, desde el Consejo de Administración de París hasta el jefe más inmediato, que le felicitaron, le gratificaron y le galardonaron merecidamente.

La gente reconoció el riesgo y puntualizó su apreciación en un apodo, llamándole «Salvavidas».

Pedro José vive todavía y llegó a la máxima categoría dentro de su escala, porque, además de aquello, fué un estacionista tan encariñado con la vía y tan enterado de su función, que aun jubilado, lleva los libros de marchas con todo detalle, salvando también su propia vida de la inutilidad con el perenne amor al arte.

No dejan de ser dignos de mención los nombres con que se ha distinguido en Alcázar a los animales de trabajo, muchas veces unidos a los de sus poseedores o al lugar de procedencia: el macho «Remendao», la mula «Francesa», la «Parda» de Tapia, la «Carbonera» de Villacañas, el macho de la «Tusa», la «Co-

Más nombres propios

legiala», la «Castaña», la «Capitana» la «Montesina», la de los «Gitanos», la «Rumbona», la «Jardinera», la «Leona», la «Bandolera», la «Coronela» y otros parecidos que figuran en los apuntes del «Pití» y que son los que se siguen oyendo por el pueblo, aunque con otro **campanilleo** a la hora de apreciarlas.

Contaba D. Julián Pantoja, que un día de feria, por el año 1890, estando en el Real, se formó un corro, al que se agregó él, donde se encontraban Don Joaquín y Don Moisés. Se hablaba de todo y Don Joaquín dijo que estaba preparando para poner una viña en una tierra de primera.

—Buena gana tienes de poner viña para otros, le replicó Don Moisés, expresando inconscientemente el sentir

∴ Brotes nativos ∴

general, porque así somos, pero también hay del otro palo y D. Joaquín contestó que creía de su deber y situación sacar a la tierra su producto, fuese para él o para el prójimo, ya que tenía en propiedad todos los elementos que se precisaban para el caso. Para ciertas cosas hay que proceder como si fuésemos eternos, concluyó. Y todos se encogieron de hombros.

* * *

Casas con ramo

ERAN y son las que vendían vino, y el ramo, por lo general, un manojillo de sarmientos envueltos en un trapo negro, sujeto con un cordel y colgado sobre la puerta.

Era un conato de taberna, sin mostrador, con un par de barriles puestos en tarugos, una lebrilla, las medidas y una meseja para tenerlas.

Todo puesto en el portal, completado con un par de sillas, al pie de la puerta y atendido por la mujer. Muchas veces, si la cosa iba bien, se entraba aquello en una habitación de las de la calle y ya estaba la taberna. Así empezó la Simona, la «Bizca la Taranconera» y otras regentas de tascas que alcanzaron nombradía.

Los transeuntes mostraron en todo momento especial predilección por los portales con ramo para hacer sus libaciones. Huían de los establecimientos abiertos, y no solo los pobres que llevaban un bote para llenarlo y bebérselo al abrigo de la esquina, sino aquellos que a diario venían al pueblo con mercancías a la plaza, villafrañeros, migueletes y herencianos, al irse se congregaban en las puertas con ramo que había en su dirección, sacaban un buen jarro para remojar el pan y guindilla del almuerzo y salían tan templados sobre los borricos.

Aquellos hombres encontraban en los ramos apartados la soledad, el sosiego y la posibilidad de hablar tranquilos de las alternativas de la plaza, lo mismo dentro del portal, si andaba aire, que sentados en la acera si hacía buen tiempo. Tenían, además, la experiencia del buen género y de la medida con corriente, hecha con jarros que se sabía lo que hacían, pizca más o menos.

Si la dueña acogía con agrado a la parroquia, pronto se reunían algunos pardillos a echar un truke mientras se bebían el jarro y el portal iba tomando animación hasta que había que correrse al patio o entrarse en la cocina.

Echar ramo fué una ayudeja para muchas familias y un medio de valorar el caldo de la tierra, facilitando su consumo al menudeo, cuando no todo el mundo podía comprarlo por arrobas, ni tenía donde tenerlo.

El ciego de Villafranca

ERA un hombre alto, metido en carnes, jarro, pecoso y pausado, que venía a Alcázar mucho y pasaba largas temporadas en la posada de la Cayetana. No era completamente ciego, era «burriciego» según decía Atanasio, y se dedicaba a rifar guitarras lujosas, unas veces «peladas» y otras, la mayoría, acompañadas de mantones de Manila o paquetes de duros «contantes y sonantes». De eso vivía.

Iba solo, sin lazarillo, con la garrota de compañera, colgando del brazo izquierdo. La vihuela sujeta de un corchete cosido a un senojo que le abrazaba el cuello. Caminaba lentamente, tocando y cantando, con posetes frecuentes para enseñar lo que rifaba en los corros de vecinas.

Por entonces la adquisición del pañuelo de Manila, indispensable para las mozas, era un problema en muchas casas y el ciego se beneficiaba de la posibilidad de resolverlo por la suerte de una papeleta.

Los novios también hallaban un medio de congraciarse con su media naranja, sin tener que sacar el forro de los bolsillos del chaleco, que salía con facilidad casi siempre.

«Se rifa la guitarra y el hermoso mantón de Manila»; voceaba el ciego con voz bronca, salivosa y las muchachas lo seguían, observando los detalles del bordado, por las mañanas en la plaza y por las calles durante el día. Muchas se apañaron de esa manera y el ciego salió adelante con ello decorosamente mientras pudo andar, siendo una nota agradable y entretenida su paso diario por toda la población.

"La Carpanta"

CON este nombre, que todavía colea, se conoció una cuadrilla de amigos que adoptó el lema de comer bien y beber fuerte, según dice Paco el de la Botica, que es el hombre metódico por excelencia, lo que quiere decir que «La Carpanta» no debió altar nunca al reglamento.

No era única en el pueblo esta cuadrilla, pero ofreció la particularidad de tener un nombre propio, de los llamados «de guerra» y de simbolizar el poder asimilativo de Alcázar y de sus costumbres en relación con los forasteros que venían a dar honra y provecho al pueblo con su trabajo y con su presencia.

Antes y al mismo tiempo que ella, hubo otras «peñas» que llenaron las mismas funciones, pero con menos amplitud. La de la bodega de Primitivo, la de Fortunato, la de los Canos, con Damián, etc., pero la dependencia mayor del comercio se sentía cohibida entre esas autoridades y surgió «La Carpanta», numerosa, con muchos ánimos, bien considerada y relacionada, que por estar al tope de viajantes y transeuntes en general, que invariablemente eran llevados a la Bodega de la Espada, adquirió un considerable radio de acción.

«La Carpanta» tuvo, además, su poquito de reglamento para entenderse. No llegaron a escribirse las normas, pero todos las conocían y respetaban. Estaba inspirada su ley en el efluvio sutil que mantenían difundido en el aire Ulpiano y sus secuaces, encarnación suprema de la zumbona socarronería lugareña.

Su lema era doblar al de la reunión de Primitivo, donde había que beberse un litro y comerse un kilo, dosis ya alarmante por sí misma para algunos, que llegaban de refresco, como aquel viajante de drogas viníferas, que al expresar su asombro en la calle Pascuala le dijeron: «pues vaya si se juntara V. con «La Carpanta» y casualmente coincidió en el bar de «Perra» con el «Jaro» y otros, que le festejaron como siempre, pero al oír que eran de «La Carpanta» salió de huida, sin que se le haya visto más.

También tuvo su poca Junta, que se acataba sin rechistar. «Ha dicho Constantino que hay que ir a ver cómo le ha salido el vino al «Jaro», para darle el visto bueno, decía Luis el zapatero, y allí iban todos, de cabeza, a la hora en punto.

Con mucha vista se nombró primer presidente a Pascual Carrazoni, el de la «Espejera», que tenía las mejores dotes culinarias, heredadas de su madre, italiana, que no consiguió hablar el castellano nunca, pero que guisaba a la española como nadie. A la mira estaba Paco, que es el hombre que entiende más de *mensujas* en el mundo.

Se festejaban puntualmente los santos de todos, corriendo los gastos del día a cargo del celebrante, con arreglo a lo que disponía el presidente, que procuraba siempre que el del santo se *empapara* bien de las obligaciones, para que no llegara a su casa a dos velas y farfullando, sin saber dónde había estado.

Era falta grave el caerse, equivalente a no servir *pa ná*. Al que se escurría, estaba mandado darle anís Machaquito, que era como untarle en la suela esos polvos que se echan los titiriteros para tenerse en el aire.

Con el tiempo, las barrigas dieron tanto de sí que algunas tuvieron que fruncirlas, como la de Paco y meterles un poco. Eran ejemplares las de Camilo el «Porrero»; «Juanacha»; Rafael el del «Jaro Rufao»; Juanito el de La Equidad; Echevarría; Guillermo Cartagena y otros muchos, aparte de la increíble elasticidad de otros que parecía que no tenían trazas, como Francisco Antonio «Quinica»; Gregorio Díaz; Ignacio Ortega; Paco el de la Botica; Agripino y tantos más que han hecho memorable la existencia de «La Carpanta» y grato el nombre de Alcázar en el corazón de los que merced al buen humor y cordial generosidad de estos amigos, pasaron en Alcázar momentos que nunca olvidarán.



Los tíos forasteros

NADA más lejos de la realidad que ser el forasterismo una cuestión alcazareña. Bastaría para probarlo, recordar la conocida y verídica expresión de que «nadie es profeta en su tierra» y si la tierra es esta «échale hilo a la cometa», pero en Alcázar tenía la cuestión sus matices especiales, también puntualizados en expresiones conocidas.

Una:

—¿Quién se ha muerto?

—Nadie; un tío forastero.

Otra:

—¿Quién vive ahí?

—D. Juan, el de la bodega del Marqués; o D. Alfonso Grande.

—¿Y ahí?

—Pablete o «Saminón».

Estas expresiones, libres y espontáneas, son más demostrativas que cualquier razonamiento de la forma que el pueblo apreciaba esta cuestión y de cómo supervaloraba siempre lo ajeno sobre lo propio.

El caso de la «Ojanca» en el Juzgado de Paz, al ver allí a Moraleda y a «Frasco», a los que ella llamó, acto continuo, gratamente esponjada, «par de penitentes» sintiéndose libre del acelerado que llevaba al ir a inscribir a un niño, sin saber a quién se encontraría allí, es elocuentísimo.

Ella suponía que el juez sería un desconocido (seguramente, forastero), que le diría cosas a las que no sabía contestar y de ahí su zozobra, pero al encontrarse con alcazareños, arrojó en un suspiro sus temores, soltó lo de penitentes, como queriendo decir: «Yo creía que aquí había alguien» y les dijo que apuntaran al chico, quedándose tan tranquila.

No hay en la actitud de la «Ojanca» menosprecio para D. Gregorio y D. Antonio, sino honda cordialidad, que es menester penetrar y entender; llaneza, familiaridad y profunda satisfacción por estar entre su gente

De la misma manera hay que interpretar el caso del muerto, pues es idéntico; el «nadie, un tío forastero» significaba el no saber ni poder dar explicaciones claras y precisas y, aunque poco cortés para oído por extraños, representaba una fórmula, un modo de responder a la pregunta, sintiendo mucho no poder hacerlo mejor, como si el muerto hubiera sido «Garrancho» o «Pinago», que con una palabra todo el mundo hubiera quedado enterado, pero en el caso de no saber «cómo le decían al hombre muerto» la ignorancia y el deseo de puntualizar se resolvía con una negación abreviada, «nadie», en el sentido de no saber cómo explicarse para ser entendido y evitar el rodeo que al fin se daba.

—¡Hija! ¿Y quién te voy a decir que es? ¿Te acuerdas de unos que vinieron cuando el alcanzarillado, que se fueron a vivir por la Balsa, que luego se quedaron aquí, que un hijo se casó con una de la Ruperta, que tenían una chica muy jara, que luego decían que se habían ido por ahí y se volvieron otra vez? Pues el padre de la mujer de otro que venía con ellos, es el que se ha muerto.

¿Ofrece esto dudas?

Pues, por si acaso, hay la prueba concluyente de la hospitalidad alcazareña, de largo origen, aunque acrecentada por el cosmopolitismo engendrado por la Estación en términos no igualados por ningún otro pueblo y similares a los de Madrid en relación con su capitalidad.

La cordial acogida y convivencia fraternal con todo el mundo ha proporcionado a Alcázar muchos beneficios, como que ha hecho cambiar su vida radicalmente, según se demostrará en otro lugar. Incluso en las cosas exclusivas del lugar se nota a la legua el aire de fuera y su favorable influencia, siendo un honor para la ciudad que las personas llegadas aquí accidentalmente se hallen tan a gusto que resuelvan enterrarse en «Chaleco».

Aquí las desatenciones, si las hay, son para los indígenas, para los que se ha visto andar a

gatas, sin creer que nunca se pudieran poner derechos y con cuya familia hubo que partir el pan y la sal desde el origen, forcejeando por quién llevaría el gato al agua, con todos los roces y estirones de tan largo alcance. Eso que es conocimiento y recelo, duda o prevención, desconfianza de la confianza porque «en la confianza está el peligro», es lo que da lugar a que se sospeche de la calidad de la **leche** que tanto se prodigaba antes aquí y a que con frecuencia se dijera sin remilgos por los nativos que era mala, no solo porque eran ellos los mejores conocedores del paño, sino porque sufrían íntegramente sus efectos, casi siempre utilizando a los de fuera para humillarse mutuamente, cosa que descubre incidentalmente otro secretillo del beneplácito ante el extraño o recién llegado, el de

poder **mantear** indirectamente al **palala** aquel que se vió nacer.

Este resentimiento quita libertad y quita confianza. Como consecuencia el forastero goza de una situación privilegiada, tanto para desenvolverse en pueblo extraño, sin que le contrapesen su propia historia, como para ser acatado esperanzadamente y sin reparos, porque es una relación que empieza sin antecedentes y sin consiguientes y se puede entablar en la forma que agrade más a cada uno, puesto que el otro no ha de ver ninguna intención remota por el momento, que es lo que cercena el rango e impide siempre ser profeta en su tierra y tener que salirse de ella para poder ser un tío con toda la barba, siendo un tío forastero.



Vida nueva



ERA una cosa que tomaba o deseaba tomar aquí mucha gente y que tal vez era una necesidad fisiológica y hasta un factor de progreso.

Ha tenido Alcázar mucha facilidad para esos «cambios de vida» y su innegable elevación puede que se deba a eso principalmente.

Cuando la gente se siente cansada, harta o bloqueada, aunque sea por minucias, un cambio de posición resulta ventajosísimo para los interesados y para el medio en que se desenvuelven y la Estación, haciendo cambiar de ocupación a tantos como tomaba a su servicio y dispersando los por la red, llenando al mismo tiempo de forasteros la localidad, dió lugar a un intercambio tan importante que ha supuesto la transformación total de la vida alcazareña.

Cuando alguien no puede resistir las incomodidades de su casa, una mudanza lo convierte en otra persona. Si es la población lo que se le hace inaguantable, un traslado implica casi una resurrección. Un cambio de ocu-

paciones o de estado se recibe como un milagro y todo lo que concierne a aquellas personas resulta beneficiado con las modificaciones, en las cuales es indudable que cada uno se aprovecha de su experiencia para no crearse las dificultades que eludió.

Tal vez los propósitos de vida nueva que se hacen a primeros de año sean simplemente la expresión del deseo que se tiene de huir de cualquier incomodidad.

Algún alcazareño he conocido, notable por más de un concepto, que tomó resoluciones de extrañamiento por no estar viendo a todas horas y todos los días a un vecino de enfrente, que se pasaba la vida en la puerta, dado que él, por su ocupación, tenía que estar, también, en su casa. No creo que fuera esa la verdadera ni la única causa, pero él la citaba como si con ella se hubiera quitado un peso enorme de encima y respiraba muy hondo al decirlo. ¡Hasta ese punto llegan a ser de cargantes las cosas pequeñas y de beneficioso muchas veces el tomar «vida nueva»!

El por qué de "Chaleco"

CAUSA extrañeza oír que al cementerio actual se le llamara «Chaleco», y Manzanegue, que tantas observaciones recogió de los cementerios antiguos y de este nuevo, dice que «Chaleco» era el mote con que se conocía al Brigadier D. Francisco Abad Moreno, que vino a Alcázar al mando de 4 000 hombres para restablecer el orden, por el año 1823.

Noticioso de ello el brigadier alcazareño D. Angel Jiménez Pedrero, salió a esperar a la fuerza al camino de Manzanares, como a unos seiscientos metros de la población, parándose junto a una piedra de gran tamaño que había, donde después se hizo el camposanto y que desde entonces tomó el histórico nombre de piedra de Chaleco, en la cual se celebró la entrevista de ambos brigadieres, esforzándose mucho el alcazareño por evitar el derramamiento de sangre en el pueblo, cosa que logró, aunque con trabajo, porque Chaleco era muy arrojado, pero al fin, se volvió desde la famosa piedra, a la que dejó su nombre.

El motivo de que el Comandante General mandara esa tropa a Alcázar, parece que fué la revuelta a que dió lugar un acto de *solidaridad entre los vecinos por impedir que se llevaran preso* a un tal Monreal, que vivía en el Arenal, hombre burlón e irónico que no perdonaba medio de meterse con los de ideas contrarias. Se vivía el período constitucional y la gente que empezaba a intervenir por primera vez en la vida pública se sentía como con zapatos nuevos. Los molestados se quejaron y Monreal fué amonestado y multado, pero no cambiando, ordenándose entonces su detención y traslado a Manzanares, el día 3 de Mayo de 1823. Salió de su casa a la una del día montado en un carro de varas, acompañado por la guardia que había de entregarlo al llegar a Palacio, pero por no haber llegado a ese punto toda la fuerza de caballería que tenía que recibirlo, el jefe decidió esperar a que llegaran, pero la salida de Monreal soliviantó tanto a los vecinos del barrio del Arenal, que se lanzaron en masa, armados con lo que encontraron, (hoces, palos, escopetas, garrotes, trabucos), a impedir que se lo llevaran y llegados donde estaba parado el detenido con su escolta, se adelantó uno y encarándose con el jefe dijo en voz alta: «Monreal a su casa y no consentimos que se lo lleven preso». El jefe contestó que se retiraran, que Monreal iba preso porque lo había dispuesto la autoridad superior. El otro disparó contra el jefe, que lo era un señor Campillo, administrador de la fábrica del Salitre, el cual cayó del caballo herido en una pierna. Se armó la ciminicera y Monreal fué llevado en triunfo a su casa por la muchedumbre amotinada, que se envalentonó y tomó otras decisiones en virtud de las cuales el Comandante General tuvo que mandar al valiente «Chaleco» con su brigada para meter en razón a los alcaceños, los cuales tuvieron la suerte de que hubiera uno de entre ellos, verdadera encarnación en aquel instante de lo que ha sido siempre el sentir pacífico de Alcázar, que evitara la entrada de las tropas y sus terribles consecuencias. Ese alcazareño fué el Brigadier Jiménez Pedrero, tal vez padre o hermano de D.^a Prudencia, dueña de la casa que tuvo Pantoja en la Plaza y esposa del Coronel que se suicidó en la puerta de D. Juanito, porque no salía aquél, con quien se había desafiado, suceso que se refirió en uno de los cuadernos anteriores.

Por cierto, que unos años después ocurrió otro suceso notable. Y va de cuento, para que no se dude de que estos se enredan unos con otros, como las palabras y como las cerezas. Lo cita D. Enrique, como acaecido el año 1838.

Se llevaron los facciosos en dirección a Quero el ganado de D. Rafael Marañón, que pastaba dentro del término.

La fuerza militar que había en Alcázar decidió salir a rescatarlo, pero al enterarse Marañón, se opuso, prefiriendo perderlo a que comprometieran sus vidas aquellos hombres, casi todos casados y sostén de su familia. No se oyeron sus razones y salieron las fuerzas de infantería y caballería al mando del Comandante D. Juan Antonio Millán, que rescató el ganado y lo mandó al pueblo con los pastores, pero entusiasmado con el triunfo al ver correr a los facciosos hacia Quero, decidió perseguirlos. La caballería emprendió el galope dejando a gran distancia a la infantería y al llegar cerca de Quero se vió sorprendida por una gran partida de facciosos y como los infantes no podían auxiliarla, por la gran distancia a que se habían quedado, el Comandante Millán, viendo la acción perdida, puso el puño de su espada en el suelo y echándose sobre la punta se pasó de parte a parte, prefiriendo morir antes que entregarse a la facción.

La infantería iba mandada por otro Comandante, D. José Antonio Arenas, el cual contaba luego a Manzanegue la desgraciada acción, perdida por la imprudente distancia de más de media legua, a que se colocó Millán, imprudencia que pagó con su propia vida.

¡Andar!, ¡Andar!

ERA un deseo y una necesidad de mucha gente, al que no escapaba aquella hermosa que siempre estaba en su balcón, bella cual marmórea estatua de jardín y como ella blanca, con la blancura sensacional de los que pierden la sangre.

En vano se esforzaban humos y carmines por atenuar la cérea palidez de aquella cara, en la que resaltaban unos ojos negros, grandes, de pesadas pestañas y triste mirar, que inutilmente hacían por animarse.

Fué una belleza escultórica la de aquella mujer, como el marmol, fría. Sus piernas, impecables, de una pureza de línea poco común en lo natural.

Conservándose esbelta y arrogante, se echaba de ver en ella la propensión a abultarse de formas, sobre todo de aquella parte eternamente comprimida contra la silla baja de la labor, aquella silla de asiento almohadillado en la que laboraba y soñaba continuamente, pues en las estrechuras que teje la vida echaba a volar lo único que podía remontarse con libertad y sin quebranto: la imaginación. Miraba al cielo, por encima de los tejados y pensaba: «¿Por qué no salir de aquí? Yo me iría. ¡De buena gana, yo me iría por ahí!».

Tenia un aire introspectivo su mirada, como si el punto de mira estuviera dentro y no fuera de su persona y al mirar lejos, con sus ojazos quietos, era como si indagara con el pensamiento en **la otra parte** donde poder ir.

Nunca inquietaba asomarse a los ojos de la mujer descolorida, pero en esos instantes era como mirar las aguas de un lago alpino, inmóviles, serenas, transparentes, incitando a dar una voz por el gusto de escuchar el eco retumbando en los acantilados de su alma, firmemente indecisa, sin enramadas ni pájaros cantores, pero añorante de esa otra parte quimérica, embellecida con el espejismo de lo lejano y de la acción indeterminada. ¡Andar! ¡Andar! No estar inmóvil, salir de la monotonía; marcharse; y la hermosa mujer descolorida, todavía rozagante, juntaba las manos contra la rodilla, estirando los brazos, para sobrenadar en la laguna de vulgaridad que la rodeaba. Abstraída con la vista extraviada, su piel estaba más blanca, demasiado blanca, sus labios demasiado encarnados, su pelo demasiado oscuro, oponiéndose a que lo invadiera la blancura, y su boca ancha, sensual, se abría en un largo bostezo y se quedaba quieta.

Los pueblos, perezosos como la pálida aquella, suelen mirar al espacio y fantasear con sus deseos y ambiciones. Sin moverse de la silla ven, también, desvanecidos sus sueños.

¡Andar, andar y siempre igual!

¡Qué bien se debe vivir así o allí!

Pero al llegar, se piensa sentados en la silla, no se encuentra nada. No hay nada. Aquel hermoso color de rosa que visteis desde lejos no existía, era un espejismo, al llegar solo había guijarros, tierra pelada y un cielo gris abrumador y para eso bueno se está, sin la cansera de andar, andar.

SIGUIENDO A BONARDELL

ES probable que vuelva más de una vez sobre el momento de Rafael Bonardell, porque con él acaba, sin acabar, una época profesional y con su ida empieza otra. La convulsión que extinguió su vida paralizó, además, otras muchas cosas y anuló las esperanzas de que Alcázar fuera una potencia profesional en la provincia. Moriré yo, también, sin consolarme de esta pérdida, pues a través de infinitas reuniones, discusiones y lamentaciones, no hubo nadie en los demás pueblos importantes que se decidiera a cambiar la orientación del ejercicio profesional, como se hizo silenciosa y firmemente en Alcázar de San Juan.

Bonardell no era eso que los picarillos llaman, rememorando los pasillos de San Carlos, un tío listo, al que generalmente se le va la fuerza por la boca; no, Bonardell era un hombre sesudo, de buen sentido, hecho al trabajo y con una voluntad de hierro, como demostró en la entereza con que contuvo el derrumbamiento de cierta empresa, en la que comprometió los ahorros hechos con mil fatigas.

Pasados los años de vanidad juvenil, Bonardell se mostraba harto de la rutina profesional y cansado de las impertinencias inútiles. Parado el coche en un recodo del Altozano, del Arrenal, de Santa María o del Cristo, se le veía a lo lejos con su abrigo corto y el cuello subido, nueve meses del año, una mano en el bolsillo y la otra braceando o aprisionando las solapas, entrando y saliendo en todas las casas y recibiendo en la acera a la vecina en cuya casa no pasaba, que le enseñaba un pañal con la suciedad del chiquitín, le hablaba de ciertos desarreglos o le pedía la receta de los papelillos que le hizo con ocasión de ir a ver a su abuela cuando ya estaba para morir, el año de la gripe. Subía por la calle de la Virgen, entraba por detrás en la de las Cruces, Pascuala, Mina, Carrasola y a las tres horas se le veía bajar por los Alterones, rumiando las novedades y meterse en el coche para irse a otra plazoleta y recorrer sus rincones.

El mayor abatimiento se lo determinaba siempre la estulticia de los compañeros, que le hizo ir concentrándose cada vez más en sí mismo afrontando estoicamente las situaciones difíciles, pues Bonardell es de los médicos que más sufrieron con el ejercicio profesional, pero también de los que mayores enseñanzas cosecharon, por sentir como pocos la responsabilidad de sus actos.

Ya se dijo en la semblanza de este inolvidable amigo, publicada en el fascículo quinto, que tenía su alma impregnada de los últimos rasgos del romanticismo español, que había bebido en las aulas y en las calles, donde los lucían los profesores y demás hombres representativos, generosos y probos; faltos sí, de los re-



Entre las idas y venidas, impulsados tornaron y volvieron a ir, dejando en Alcázar aquellas costumbres. Tal es el caso del médico Jesusillo «Saminón» y tío de D. Vicente Mor-

Estimulado por sus hermanos mayores carrera se fué a Manila a ejercerla.

Al perderse las Colonias volvió a Alcázar fotografía, hecha en su casa de Manila, apá en brazos.

Ejerció aquí ocho o diez años, vivió la familia con la pobreza de la vida manchega Paula, no se escatimaba la comida.

En el grupo fotografiado, figura tan-

alcazareña

Bonardell un médico de cabecera auténtico, de posición inmovible, pese a su increíble final,

Su amargura profesional quedó neutralizada, dejando franca salida a su nativa nobleza, cuando sintió cerca la colaboración desinteresada, la lealtad generosa, el apoyo decidido y perenne y saboreó la grandeza profesional: entonces vió claro, comprendió sus posibilidades, empezó a sentir el cosquilleo de la ilusión, se compraron obras y revistas especiales y, cansado de la visita, se ponía a estudiar horas y horas. Otros de más edad, alguno jubilado, reconocieron después el buen camino y no hay duda, ninguna duda, de que los más jóvenes hubieran seguido la misma senda y el tiempo hubiera dicho de lo que eran capaces.



tráfago de la vida, algunos traspusieron el mar, ferencias de la tierra lejana y la demostración de areño D. Sebastián Palomares, contemporáneo de

o y Ramón, que estaban en Filipinas, al acabar la

ruinado y con nueve hijos. En el centro de esta Sebastián detrás de su esposa, que tiene tres niños

a calle de San Francisco n.º 38, pero mal avenida eron otra vez a las islas, donde según decía doña

aristo Arias, el que se fué a fraile.

cursos de la técnica actual, pero observadores, experimentados y de una altura mental como no se ha visto después, pendientes siempre de la observación del enfermo y en contacto con él a todas horas, por eso fué

Había mucho que esperar de ese enfoque. Siendo la vida alcazareña un reflejo de la de Madrid, que venía resumiendo la de España, en una época que todo el mundo deseaba vivir tranquilo y en paz con el vecino, era natural que un hombre como Bonardell se hiciera dueño y señor de su campo, más señor que dueño, verdadera personificación del sentir alcazareño, sentir bien conocido como orgulloso de sus buenas cualidades, que por suerte no se han extinguido, y adicto, incondicional, a todo rasgo de mesura, de comprensión y de respeto.

Bonardell conocía su posición y la consideraba con naturalidad, sin engrimamientos, como una gran potencia para realizaciones nobles y de beneficio general.

Hablaba de **sus** enfermos, no de **los** enfermos y la gente hablaba de **su** médico, no **del** médico.

Esa es la diferencia entre aquello y esto, con todo lo que entraña de disgregación, porque entonces el médico y el enfermo se pertenecían el uno al otro, tenían fuertes lazos de unión trabados por la confianza recíproca engendrada en la continua compenetración, indispensable para el conocimiento y la curación de la enfermedad. Era difícil separarlos. De su cariño y respeto mutuo se podía juzgar en la defensa que se hacían, indisponiéndose lealmente con terceras personas y comprometiendo intereses que de no existir esa nobleza y ese afecto hubieran procurado evitar.

Quien haya conocido y saboreado este exquisito halago de la medicina, que era puro amor humano y llevaba al médico gozosamente a los mayores sacrificios, creyéndose investido de poderes sobrenaturales, no podrá menos de sentirse entristecido. Siempre el médico será un romántico o no será nada, que es tras lo que va, con hartó sentimiento de los que lo vemos a cierta distancia ya.

PEQUEÑOS DETALLES

RECUERDO de los médicos antiguos el desorden administrativo. Los llamaremos antiguos, aunque no lo sean, pues con los cambios, parecen antediluvianos.

Apuntar a los que querían igualarse, lo hacían en un papel cualquiera, que andaba dando vueltas por la cartera y los bolsillos meses y meses, hasta que por fin pasaban al cuaderno. Hacer los recibos para cobrar, una vez al año, era un trago excepcional para el que nunca había tiempo y pasaba, al fin, a manos del cochero o de la esposa. No era que no les gustara el dinero ni lo necesitaran, sino que creían deber recibirlo sin engorros impropios. Tampoco era exclusiva de los médicos esta apreciación, era general el menosprecio hacia lo subalterno, por fundamental que pudiera considerarse. Se hablaba con desprecio de las cuestiones de estómago y con no menor desdén de las personas que las erigían en normas de su vida.

Tenían un interés insuperable por la clientela, pero, cualquier papeleo, por insignificante que fuera, les sublebababa, y si a regañadientes llenaban algún papel, era proverbial su desorden, la escritura torcida, como de mala gana, los gurrapatos ilegibles, las gotas de tinta empapadas con polvos de la salvadera y la redacción incompleta, seca, sin el menor formulismo.

Comparándolos con los médicos actuales, se queda uno absorto ¡Qué prodigios!

Le dan ciento y raya a los oficiales de oficina. Es admirable la cantidad de papeles que rellenan, la corrección de las formas burocráticas y el cumplimiento de todos los preceptos reglamentarios; el encabezamiento, el cuerpo del escrito, la antefirma, la firma, la aclaración de la firma a máquina, el sello, el timbre, la anotación marginal, el registro, el pie del escrito, la dirección, y todo con varias copias y perfecto, como a máquina. ¡Qué maravilla!

Aquellos médicos recetaban siempre en papel de barba, sin timbrar, que compraban por manos. De cada pliego hacían diez y seis recetas, que metían en el centro de la cartera, con el lapicero de madera tumbado en el doblez. Generalmente recetaban de pie, poniendo una cedulilla blanca contra la cartera. Antes, cuando el médico se sentaba siempre, lo hacía apoyando la cartera sobre la

Interesante fotografía hecha en la sala de curas del Hospital viejo, bien empedrada, como se ve.

En ella figuran dos alcazareños de fama: el médico Talán y Caravaca el practicante.

Es evidente que D. Policarpo, sentado ahí como un patriarca en posición de reconocimiento ginecológico, se había perfeccionado mucho ya y que traía El PROGRESO en sus visitas al pueblo. Se remanga, se pone delantal alto para curar, mientras que Ruperto se mete la blusa encima de la chaqueta. Sin embargo, la blusa es blanca, de las que se notaba lo sucio en ellas y no negras, como se llevaban otras veces.

De D. Policarpo, ya se habló en el primer fascículo.

Ruperto era jorobado y muy poseído de su papel, a pesar de que no alcanzó el tiempo de verdadero esplendor de su arte y vivió limitado a la sangría, las sanguijuelas, las ventosas y los vejigatorios, que tampoco eran cosas de diario, pues se pasaban los meses sin que nada de esto fuera menester.

Sacaba, también, muelas, aunque en esto como en todo, tuviera que soportar la competencia de otros aficionados—Quintanilla, Camilo y Máximo, sobre todo—para los que aquello del título era un papel mojado y quién sabe si tendrían razón, pero el caso es que con tal motivo Ruperto sacaba su genito indignado de que aquellos tuvieran en su tienda, como él, aquel armario, de medio metro en cuadro, forrado de bayeta encarnada y hoja de cristal para que se viera el contenido y se supiera el arrojito del maestro. Allí estaban expuestos los instrumentos de cirugía menor, lo mismo que en el Hospital de la calle Santa María, sin más diferencia que este tenía un aparador viejo y casi vacío.

El aparato importante del armario era la llave de sacar muelas, instrumento tan seguro que era peligroso en manos torpes y había quien tenía verdadero arte en la aplicación de la cinta para sujetar la uña al fuste de la llave.

Con la llave había algunos «dentuzas» (forceps) y lancetas. Muchos tenían un frasco con sanguijuelas, que había que cuidar esmeradamente para que mordieran bien al aplicarlas.

El barbero tenía que contar con este menester, como el carpintero con el de los ataúdes y tapar los muertos y si no tenían estómago para ello, les valía más dedicarse a otro oficio, pero pocos lo hacían, lo cual prueba que no era tanto el estómago que se necesitaba y en cambio la cosa permitía «darse pisto», a cualquier pelele que era lo que sacaba de quicio a Ruperto y le dió fama de «lecherillo» siendo, como era, una excelente persona y un ministrante disciplinado y competente, que enalteció su oficio en una época de penuria general.



rodilla, escribiendo despacio, pensando lo que iba a hacer. D. Leoncio y D. Manuel eran ejemplares en el arte de la fórmula magistral, según pude observar más de cuatro veces. La cartera, de uso permanente, era indispensable para el médico, por las recetas y por ser la única cosa en que podía apoyarse para escribir. No le era necesario llevar papeles en ninguna otra parte, pero la cartera iba siempre repleta y a pesar de ser fuerte se deterioraba tanto, que exigía recambios frecuentes.

Tampoco podía prescindir del bastón que adornaba su figura y no soltaba ni para recetar, entrándoselo entre las piernas, si se sentaba, o en el sobaco, si lo hacía de pie. «De estas cucharadas, decía D. Manuel mostrando en alto la receta que había escrito con gran lentitud, al pie de la cama del enfermo, rodeado de la familia en el mayor silencio, le dais una cada dos horas y si no se rehace vais a decírmelo a la hora de comer y yo vendré esta tarde: son para levantar el ánimo».

La vieja, al ir a que le despacharan la receta, preguntaba qué les parecía y al ver el carbonato amónico le decían: «se conoce que está muy decaído».

—¡Ay! sí, señor; está hecho una tierra, yo entiendo que no tenemos a nadie; hágame la mitad, por si acaso, y a ver si Dios quiere que con ello se le levante eso que dice D. Manuel».

ENFERMO AGRADECIDO TENIA D. Vicente Moraleda la comida puesta, cuando llamaron bruscamente a la puerta.

Llevaban a un hombre montado en un borrico.

—Llévate la cazuela y que lo suban, gruñó D. Vicente, dirigiéndose a la Adriana.

Se lo acercaron en silletica la reina, lo arregló, le puso una venda de una caja que tenía, porque nadie llevaba nada y se salieron alabando las manos benditas del albéitar, pero sin decir ni gracias.

Cuando iban por el patio, D. Vicente, desde el corredor, le voceó diciendo: ¡Vaya Vd. con Dios, y muchas gracias!

El enfermo, mirando hacia arriba, replicó muy contento: «No hay de qué, D. Vicente».

OJO CLINICO FUE Román con la mula del cementerio a que la viera D. Vicente.

—¿Qué te pasa?

—Esta, que no está buena.

—Dale unos paseos. Tráela pa cá; ¿qué le has dado a la mula?

—¡Yooo!

Si. Y tú, ¿qué has bebido?

—Un vasete.

—Pues la mula tiene una borrachera fenomenal. Llévatela, sino quieres que te dé con el bastón.

Román estuvo alabando siempre el ojo de D. Vicente, porque era verdad que le había dado vino, por si estaba **refría**; pero no se **asterminaba** a decirlo.

EL AOJO LA oración de la «Coja la Cutimaña» para el ojo no era única. Otras que también tienen gracia y cuyo nombre no puede revelarse, para que no la pierdan, la dicen de la siguiente manera:

Se hace la señal de la Cruz. Se pregunta el nombre del niño y se repite doce veces: «Jesús y María» agregando: «dos te han aojado, tres te han de sanar, la Virgen María y la Santísima Trinidad. Si lo tienes en la cabeza, Santa Elena; si lo tienes en la frente, San Vicente; si lo tienes en los ojos, San Ambrosio; si lo tienes en la boca, Santa Polonia; si lo tienes en las manos, San Urbano; si lo tienes en el cuerpo, dulcísimo Sacramento; si lo tienes en los pies, San Andrés con sus ángeles treinta y tres. Se repi-

te tres veces y se continúa: Quien esta oración te dijera, te quite todo el daño que tuvieras y como estas palabras son tan dichas y verdaderas, que Dios te quite cuanto daño tuvieras».

Si el niño tiene dolor, además de la oración, se le dan tres vueltas de campana alrededor del brazo de la curandera.

PARA EL ASIENTO

MIENTRAS se está mirando de asiento, se dice: «Santa Úrsula tenía tres hijas: una lavaba, otra cosía y la otra los asientos bendecía».

ESTAR TOCADO

ERA tener una enfermedad de la que difícilmente se veía uno libre, porque siempre sacaría la cabeza. La fulana está **tocá** del pecho, se decía, o bien un poco **retentá** de la **chinostra**, o un poquito, aunque no mucho **apuntá** del corazón,

CHICHON

ES el bulto que se hace en la cabeza después de un golpe, por cantazo o caída, generalmente. Una perra gorda aplicada contra el bulto y atada fuerte, con un pañuelo, lo hacía desaparecer rápidamente.

De la misma naturaleza que los chichones, se hacen otros bultos en las demás regiones del cuerpo por los golpes o torceduras.

El tío del «Pelito», mago reciente del curanderismo local, los quitaba de primera. Se escupía en las yemas de los dedos y frotaba insistentemente, hasta que se quedaba como nuevo.

REMEDIO HEROICO

LOS males irremediables son los que reciben mayor número de tratamientos, y ninguno bueno.

El embrujamiento es de los más difíciles de curar.

La «Gorgusa», mujer de armas tomar, que no se le arrugaba el ombligo fácilmente y se atrevía con todo, daba sangre de ratones **arreglá** y parece que alguna vez consiguió sacar el cariño de los hombres a las mujeres.

OJO CALIENTE

NO era una enfermedad. Llega una a la tienda de Cirilo y pide con prisas una perra de azulillo.

—Anda, espáchate, que tengo el ojo caliente,

Coralio se lo da y se queda pensativo, mirando por encima del peso hacia la puerta, por donde se ve a lo lejos el Arroyo de la Mina, que es una de las grandes corrientes de la vida alcazareña...

Lo del ojo no era nada. La parroquiana se había quitado de lavar para ir a por los polvos y quería volver antes de que se le enfriara el agua en la artesilla, porque según pudo observar otra vecina, tenía un ojo muy hermoso.

—¡Hija, qué ojo más hermoso tienes! La oyó decir Enrique Molina, que estaba por allí.

DULCE ENCANTO DEL MISTERIO

HACE unos días se presentó en mi consulta una mujer, antigua cliente, forastera, haciendo grandes demostraciones de afecto y mostrándome su satisfacción y alegría por haberme curado ella con su influencia, desde su pueblo.

En el tiempo que habíamos dejado de vernos, fué a otro pueblo para que una mujer le viera un hijo que tenía enfermo.

Aquella mujer, al observar sus aptitudes, la descubrió que tenía gracia para el bien.

Ella venía notando, que cuando se acercaba a un enfermo, este se removía en sentido favorable.

En mi caso, tenía la seguridad de sanarme. Ahora viene a que la sane yo de una jutesa que resiste a su gracia, porque alguna de las que tienen gracia para el mal, no la deja obrar en ella. Las brujas son las que pierden a las personas, poniéndolas malas de la cabeza, casándolas y descasándolas. Una noche le echaron un rano con alfileres clavados en el cuerpo, por debajo de la portada. Con lo que escupe el rano, unos papelillos de la botica, un huevo y guarrería de las mujeres, hacen un bebió que quita el sentido de las personas. ¡Porque hay mucho malo en el mundo! Pero ella solo tiene gracia para el bien y ha hecho mucho desde que le descubrieron la gracia. Su alegría por haberme curado es inmensa y no es menor la que yo he tenido al saberlo y verla tan gozosa. ¡Oh, encantadora dulzura del misterio!

COGIDO DE LAS BRUJAS

ERA una enfermedad de que hablaban las mujeres: «a fulano le han cogido las brujas; no ves qué andares tiene y qué alicaído va».

INDIRECTAS DE PADRE COBOS

VICENTON el albañil, el que salía en las murgas con Cucala el «Gorritano» se cayó un día por ir «encandilao» y su mujer lo llevó a casa de D. Vicente Moraleda.

D. Vicente lo arregló y después le reconvino paternalmente: «A ver si no vuelves»; le dijo.

—¿A dónde, D. Vicente?

—¡A dónde... a la barbería!

—¡Claro, como Vd. se afita en su casa!...

EL QUE PREGUNTA NO YERRA

UN matrimonio de la calle Toledo, tan amigo mío como todos, se disgustaron un día, ¡Ya sabéis lo que pasa!

No tenían hijos y al hombre le dió por criar árboles, logrando algunos frutos de primera.

La mujer para desahogarse y enrabiar al hombre tronchó un árbol y él, con las entrañas desgarradas, vino a preguntarme como escayolaría el árbol para que sanara.

Se lo dije y lo hizo tan maravillosamente que curó y no perdió cosecha, pero ella se comía los albaricoques a escondidas con el corajillo de los amantes cuando están de hocico. Se ve que no era el árbol solamente el que necesitaba una tablilla bien puesta y que el remedio es necesario cuando el árbol se tuerce **con demasiada**.

EL REDAÑO

ENTRÉ los reparos en uso figuraban las vísceras de las reses sacrificadas y el refranillo consiguiente: «Ponte un redaño, que si no te hace bien no te hará daño».

COMIDA A LAS FIERAS

REMEDIO muy bueno para el dolor de oídos era que una mujer lactante echara dentro de la oreja un chorro de leche calentica.

Cuando el dolor era por hambre del gusanillo, la medicina sentaba como mano de santo, se hartaba el animal y se quedaba quieto, cesando aquel burbujeo doloroso que producía al rebullirse y confirmando la creencia general de lo bien que sienta y lo que amansa una tética de cuando en cuando.

EL ATIRRUQUE

SINONIMO de turrutaco y arrichucho.
—«Estábamos tan tranquilos, le dió el atirruque y cataplúm, al suelo. Ya se quedó tó en tal estao. Total, habíamos tomao una sopa de gachas y ni gachas ni ná, porque se pone el cuerpo soliviantao y se quita la gana de tó».

EL ARCA DEL CUERPO

ES todo eso que se abarca con el pensamiento cuando el hombre rústico se aplica las manos a los costados ponderando el mal que sufre alguien: «decían que era un poco picao al pulmón, pero yo entiendo que es más, porque le duele tó y le entra una usura que paece que se ahoga. Se conoce que tiene hecha cisco toa el arca del cuerpo».

PAÑOS MENORES

EL lenguaje va marcando en cada momento la evolución de la vida, ahora con más profundidad que nunca, porque la difusión rápida de los fenómenos llega al mismo tiempo hasta los últimos rincones, transformando los conceptos y las costumbres y modificando el modo de expresarlas.

Esta frase de «paños menores» ha ido perdiendo poco a poco su antigua significación y apenas se oye en el habla corriente. El desnudismo imperante la hace realmente inadecuada, porque antes, desnudo del todo, lo que se dice en cueros vivos, no se veía a nadie jamás, y estar desnudo era estar en paños menores, cubierto totalmente con la ropa interior, que siempre era cumplida. El hombre llevaba sus calzones blancos o calzoncillos ceñidos a los tobillos y la mujer sus pantalones con puntilla por debajo de la rodilla. A él le asomaba por delante un buen faldamento y a ella por detrás un gran capuchón, pues ambas camisas tenían tela sobrada para dejar cubierta a la persona si se dejaban caer las prendas inferiores.

En el invierno, estas prendas se llevaban de bayeta amarilla, antes de empezar a fabricarse los géneros de punto, que en este sentido han dejado de usarse también ya.

Con ellos y descalzo salía de madrugada el hermano Tomás, en medio del Arenal, rascándose la cabeza mientras miraba a las estrellas y la gente se hacía lenguas del atrevimiento.

—Vaya un hombre, decían; no darle cuidao que lo vean en calzoncillos, porque, ¿quién quita que se asome alguien o salgan, y lo vean así?

LOS BORRACHOS DEL CUENTO

COMO los payasos del circo, los borrachos del cuento, del cuento de esta obra que es realidad viva, son completamente históricos, muñecos de carne y hueso a quienes seguí con curiosidad infantil muchas veces y ahora contemplo en el recuerdo con la merecida indulgencia. ¿Qué culpa tuvieron ellos de no encontrar mejor solución a los problemas con que los acorralaba la vida? A todos se les ofrecían dos caminos: romper el cerco o ignorarlo, olvidarlo, fugarse mentalmente, huir del cinturón de hierro y nada mejor que ir del brazo de la embriaguez alcohólica que ahoga y adormece.

¿Pobreza de espíritu? ¿Voluntad endeble? Tal vez, mas siempre habla bien el sano con el enfermo y dados un carácter y un ambiente no hay que hacer demasiados aspavientos ante el pobre beodo después de haber abandonado a su flaqueza el arreglo de la cuestión.

¡Qué pobre tristeza la del bebedor sin bebidal! ¡Qué decaimiento tan grandel!

¡Qué maravilloso ensueño el de la copa de licor!

TACTO Y CONTACTO

EL tío «Peregiles», mondonguero del Matadero en su vejez, después de mil años de pastor, tenía gracia para curar las verrugas, contándolas.

Iba con las panzas colgando de una tomiza y las mozuclas le salían al paso para que les echara el aluvio de sus dedos.

—Tío «Peregiles», cuénteme las verrugas

Y él, con su voz atiplada:

—Ven, hija mía, ven, ¿dónde las tienes? Y untándose el dedo con saliva, lo apoyaba contra las berrugas, una, dos, tres; una, dos, tres, hasta siete veces.

A los pocos días las berrugas se secaban sin dejar la menor huella de su paso y la fama del tío «Peregiles» daba de sí como las panzas que llevaba en la tomiza. Y ¡todavía se recuerda, sintiendo que nadie heredara su virtud!

SASTRERIA Y ORTOPEDIA

LA moda no influía antes tanto en la vida, ni calaba tan hondo en las personas.

Había muchos que permanecían fieles a su indumento desde el principio hasta el fin, y si la necesidad imponía el cambio, lo efectuaban con la mínima modificación.

Los tuerfos, por ejemplo, se quedaban tuerfos de verdad, sin disimular la falta con ojos artificiales. Son contados los casos de mujeres que llevaban una cortinilla negra atada a la frente, no en la forma ovalada de la princesa de Eboli, sino rectangular y colgante, como cortinilla de ventanillo.

Las gafas, con las que la moda ha hecho milagros, como se dice en el tiempo que corre, apenas se veían más que en los muy viejos y de un par de modelos casi universales, en monturas de oro o de latón: las primeras llamadas «lentes» fuertemente sujetos a la nariz, con cadena o cordones atados al chaleco, y los segundos apoyados en las orejas. El cristal siempre ovalado y sumamente pequeño, muy próximo a la media gafa que necesita el viejo para ver de cerca.

Las gafas que tenía en la punta de las narices, mientras trabajaba, Antonio Vaquero, el zapatero de la Placeta Albertos, idénticas a las que había en el saco de los botones, liadas en un pelindrajo; el saco aquel que tenía los corchetes, las fundillas, los botones y alfileres inservibles de tantas generaciones.

Los cegatos (miopes), no usaban gafas.

Eran características de las gafas aquellas los ataderos con cintas negras en el apoyo de las narices, en las patillas, lo mismo en la parte de las orejas que en su articulación con el óvalo.

Los cojos llevaban todos su pata de palo al aire libre, con apoyo adecuado al muñón. Esto, que ya no se ve, sigue siendo lo más útil y cómodo, aunque no se use por estética. Hubo un cojo que le dió por llevar los pantalones estirados para tapar el garrote y como era muy alto parecía un estafermo, por el movimiento del cañón que todos llevaban doblado. Y es que lo natural es siempre lo mejor, hasta dentro de lo artificial. Los carátulas, para la Pascua.

Sin embargo, había una cosa que, dentro de nuestra pobreza, se percibía con más intensidad que ahora: el uso de pelucas, peluquines y artificios capilares y cuidado con las fachas que se veían por taparse una calva hermosa!

Los mancos aceptaron siempre su defecto sin disimulo.

En general la gente vivía tan ahormada a sus prendas, que formaban un solo cuerpo indivisible hasta el punto de que dejada accidentalmente una prenda en cualquier parte, todo el mundo la conocía: ¡Ah! Sí; es la chaqueta de Perico, no ves la señal de llevar el **dao** por fuera del bolsillo, como él hace. Y los hombros «scurriós».

—¿Y la gorra?

—La gorra, pues lo mismo, la visera un poco **torcía** a la derecha y lo del **cote** alto de llevarla **encasquetá**. ¡Si se vé hasta la facha de la cabeza, señor!

Y así era, en verdad.

El uso de pendientes era tan inexcusable en la mujer, que si se rasgaba la oreja se los colgaban de arriba, con hilo fuerte, porque los arillos eran siempre de peso.

ESPIRITU

EL que yo conocí de chico, el único de que se hablaba era el alcohol: «alcor» le empezaron a decir según iba entrando la letra de molde y aumentando el vino. Pero ya se comprende lo que escasearía el **espíritu** cuando Alcázar tenía que traer el vino para beber. Y lo que sorprenderían sus cualidades; la facilidad para disiparse, el arder, su penetrante olor. Y lo limitado de sus aplicaciones. Un paño de **espíritu** se lo ponían a uno cuando estaba muy malo y son muchos los que se han muerto en Alcázar con el paño de espíritu doblado sobre la frente.



He aquí a Emilio Mónico (Emilio Cárdenas Ortega) uno de los hombres que más se han afanado en Piédrola. Cuando las viñas tenían salud en todo el término y daban en cualquier sitio mucho más que en aquellas arenas, él echó allí todo su esfuerzo y como ningún trabajo se pierde, con el tiempo tuvo la compensación.

Lo acompaña en la fotografía su mujer, Lázara Cañas Cardenas, «La Pájara» que tiene para nosotros, aparte de la antigua relación, el singular recuerdo de haberla asistido de garrotillo (difteria) gravísimo, cuando tenía más de cuarenta años y de que expulsara las falsas membranas en una pieza tan consistente y bien modelada que parecía haber expulsado la misma laringe. Bonardell y yo nos quedamos asombrados. Fue un caso impresionante, difícil de olvidar.

EL TONTO DE DOÑA FLOR MÁS abajo de la carretera de Cos-

me, a la entrada de la calle Arjona, estaba Doña Flor, con su casa. Esta casa y su esquina, con el mismo aire e idéntica pátina que la de D. Juanito, el Ayuntamiento viejo y las Monjas de San José, eran uno de los hitos que regían la división de la ciudad en las conversaciones: al llegar a la esquina de Doña Flor, cantó el sereno las dos y chispeando, al llegar a la casa de Doña Flor, me cruzó el «Aragán» con el farol y el chuzo debajo de la capa; desde la casa de Doña Flor ya se nota el aire del boquete, etc.

En la época a que nos venimos refiriendo, ya no existía Doña Flor; la casa estaba ocupada por sus hijos, la Mariquita de Doña Flor, casada con D. Julián Tapia, sin hijos, y el tonto de Doña Flor, llamado Federico, al que deseamos dedicar el más respetuoso recuerdo, sacándole a relucir por la singularidad clínica de su estado, con la rara casualidad de no ser único, ni mucho menos, aunque sí el más notable del lugar.

Se recuerda la casa como de señores pero bulliciosa, animada en las fiestas y concurrida. Doña Mariquita, empolvada, encorsetada y vibrante, llevaba la batuta y el pobre Federico, siempre del brazo del morillero Pablo, el «Recental», no faltaba a ninguna fiesta. Era un hombre alto, delgado, con el bigote y el pelo canosos. Su enfermedad era congénita, pero decían que era de una mala teta, cosa que en el sentir de las gentes originaba muchos estados irremediables. Una teta dada en momento de sofocación o de disgusto, fué temida siempre por la vecindad y relacionada con consecuencias irreparables para la criatura, sobre todo de tipo mental; los niños al mamar se quedaban «en tal estado» y ya «no iban pa trás ni p'álante» o bien les daba algún ataquecillo y se quedaban en él. Incluso sin pasar nada, ante el sucedido incomprendible, se pensaba en la mala teta inadvertida, sin darse cuenta, porque siempre no cogen los cuerpos igual y pasan cosas que nadie se las explica.

Le dió el pecho, al mismo tiempo que a un hijo suyo, la madre de «Quinica» y la asustaron, pero al chico no le notaron nada hasta que fué mayorcillo.

Las muecas y contorsiones de Federico, como de desmerezo exagerado, eran continuas, lentas, ondulatorias y reptantes como las de los tentáculos del pulpo, sobre todo las de los brazos, manos, cuello y cara.

Los chicos lo mirábamos asustados ante aquel estirarse y bostezar interminables de voluptuosa lentitud y ruidoso sonido espiratorio, de adormilado. La cabeza la

rotaba casi del todo al tiempo que extendía inverosímilmente los brazos y manos y se quedaba mirando de reojo para echar el paso.

Cuando se alejaba cogido del brazo de Pablo, suspirábamos los chicos, como si al apartar la atención de las contorsiones nos hubiéramos quitado un gran peso de encima.

Pablo lo pelaba, Pablo lo afeitaba, Pablo lo cuidaba en todo, lo llevaba a las fiestas y al campo en una tartaneja, durante muchos años. La imagen de Federico es inseparable del «Recental», al que va unido en el recuerdo de varias generaciones de principios del siglo que corre. Vestidos majos en la feria, en la Virgen del Rosario, en las máscaras del Altozano, en San Sebastián, en la Pascua de Jesús.

COLITIS CUALQUIER observador puede comprobar, como se dijo en el fascículo quinto, que las apreciaciones vulgares de una época son las sostenidas por los técnicos de la anterior. Ahora, como la vida es más acelerada, los técnicos pueden ver sus maneras enraizadas en las gentes de su tiempo y tendrán que soportar también la reacción de sus colegas novecillos.

La palabra «colitis» es una de las de triunfo arrollador en nuestro tiempo. Hasta hace poco, cuando las diarreas infantiles eran algo insólito, las familias hablaban de irse de vareta, de cagueta y, a lo sumo, de diarrea o de corriente. Empezaron los médicos a puntualizar y ahora todo el mundo tiene «colitis», hasta que lleguen los otros médicos, que asoman por el oriente y muy poseídos de su papel, destierren la «colitis» e implanten su saber, que el viento se llevará luego.

ESTAR TENIENTE ERA lo que le pasaba al «Sordo Encinas», del muy ilustre gremio del tirapié alcazareño, oficial del Zapatero «Gordo», jovial y divertido donde los haya, estaba el hombre «como una tapia». Ulpiano lo festejaba mucho y decía humorísticamente que «trasota un poquito».

Era la única falta reconocible en él, descontando la voz chillona y la risa, que se oía desde la Plaza.



LA LANGOSTA MUCHAS veces, después de una nube grande, se hablaba en Alcázar de lo que había caído y se citaban las ranas y las hormigas como venidas con las aguas.

La humedad acentuaba el ambiente de pobreza del lugar y desprendía un hedor agrio, penetrante, de zurrón de mendigo. Sin necesidad de que lloviera, algunas nubes sembraban la desolación; tales las «nubes de langosta».

Recuerdo algunas, terribles, en las siestas del agosto, aquellas siestas de bochorno asfixiante, sin un pelo de aire, en que se oprimía el cuerpo sin poder respirar y de pronto se llenaba la casa de langostas, se nublaba el sol y se oían los clamores de la calle.

¡La langosta! ¡La langosta!

Grandes y chicos la emprendían contra el voraz insecto, pero inutilmente, cuando más mataban más había.

Los sembrados ya en sazón, inmóviles en la siesta sin aire, se abatían bajo el peso de aquel manto de sombra que formaba la masa de saltamontes y las espigas desaparecían devoradas en un santiamén.

La gente, entristecida y llorosa, comentaba largamente la ocurrencia. Los hombres hablaban del valle de Alcudia, de los mares de tierra, lugares de aovo, de los que se alzaban las nubes de langosta que caían como las de piedra, destruyendo en un instante la cosecha del año y dejaban al pobre labriego sin pan y sin alientos.

CALLE DE LA TRINIDAD



El «Tío Medior» con su mujer y algunos de sus hijos

CALLE que crucé cargado con el cartapacio, varios años seguidos.

De ella tengo un recuerdo más bien triste, como de pasadizo o galería de convento. Flanqueada de puntos concurridos y aun vitales, no pudo evitar el matiz ceremonioso, casi levítico, tan desbordante que se desparramaba por la calle Moreno y por la calle Arjona.

Con un templo a cada extremo y la fortaleza de Doña Flor en el centro, poco podían hacer para animarla las escuelas del «Cardaor» y del «Cojito»; las carpinterías de Magdaleno y de Olivares, la calera de Casimiro, la zapatería de «Polonio», la carretería de Cosme, la jabonería de Pozo, la fragua de Tomás, el horno de las Cenjoras, ni la imprenta de Puebla.

Seguro que en su origen fué callejón de servidumbre, trazado por la necesidad de cortar terreno para ir y volver a la plaza desde aquí arriba y el servicio aquel, de callejuela, acentuado por el emplazamiento en su recinto de las Iglesias, le imprimieron un aire triste, de duelo y comidilla, únicos en el pueblo. Aunque no lo hubiera, se tenía la certeza de que detrás de cada ventana había siempre un ojo, por lo menos, que esperaba el paso de comitivas de gente compuesta y cuchicheante.

Calle solemne, protocolaria, familiarizada con las penas que iban de paso, como Escalona; calle presidida por la barba blanca, patriarcal, del «Tío Medior», puesto en la acera de enfrente, al pie de aquella casa grande, cuidada y vacía, siempre deshabitada.

¿No se engendrarían en el ambiente de aquella calle, tan transitada por mujeres, los espíritus escépticos de Ulpiano, de la Braulia, de la Lorenza de Moraño?

Todas las guijas de esta calle, que tanto mortifican los pies de las damas y mucho más aquellos de juanetes doloridos y piernas estevadas que sostienen vientres colgantes, han soportado miles de veces posetes murmuradores. El de la que apretando el rosario en el puño toca con el codo a su acompañante y abre los ojos y la boca para mostrarle lo que lleva encima otra que cruza y que ¿de dónde lo sacaría!. El de la que va diciendo pestes de todo el mundo, como una taravilla. El de las corcovadas, que piden al Señor algo contra sus enemigos. El de la mujer gorda, fatigosa, que se para a respirar y entre soplido y soplido revisa la vida y milagros de cada familia.

Todos los enredos y murmuraciones de la ciudad han sido repasados sobre aquellas piedras, azuzados por el rencorcillo y la intransigencia aldeanas, manifiestos en las caras zahareñas de los que juntamente desavenidos iban o volvían sin querer saber nada de la ineludible y primordial necesidad de ponerse a bien con su hermano, antes de llegar al altar.

El «Tío Medior»

PERTENECIA a una familia salamanquina que ha desarrollado en Alcázar una labor ejemplar y especialísima.

Eran de San Cristóbal de la Cuesta (Salamanca) por donde solía ir a vender vino

«Tocinillo» (Santiago Octavio Ramos) y tal vez de conversaciones mantenidas en aquellos viajes sobre tierras y cosechas se determinaron los salmantinos a comprar la «Casa Paquín» en Cinco Casas.

Esta finca debe su origen al paso de la vía, pues la inició un Ingeniero francés—nacido en Alsacia—llamado D. Francisco Paquín y que fué uno de los muchos técnicos que vinieron a España al construirse el ferrocarril. La casa fué distinguida mucho tiempo como la casa de «Naide», seguramente, según nuestros modos, por no conocer la gente a su dueño. Parece ser que la esposa de *monsieur* Paquín fué víctima de un intento de secuestro estando en la finca y decidieron venderla cuando pasado el tiempo ya era conocida por la «Casa de Paquín».

Entonces la adquirieron los Carbayo, que por esta circunstancia de la casa han sido conocidos siempre por «Los Paquines», en plural, por ser varios hermanos, Evaristo, militar, (Teniente Coronel); Anselmo, agricultor; Fulgencio y Luis, agrimensores; dos hermanas, una, Primitiva, que vivía con ellos, pues todos eran solteros y otra, Modesta, casada, que no llegó a venir nunca y que fué madre de la última dueña de la finca, Teresa, esposa de D. Nicomedes Cabezas, digno continuador de la tradición de aquella familia.

Era natural que al venir a Alcázar fueran a parar a casa de «Tocinillo» y al llegar, Luis se enamoró de la hija de su amigo y a pesar de la gran diferencia de edad, se casaron enseguida, teniendo en once años once hijos. D. Luis Carbayo Terrero fué conocido ya siempre por el «Tío Medior» y

su mujer, la «Ramona de Tocinillo», Ramona Octavio Fernández, por «la sorda del tío Medior», porque estaba como una tapia, tanto que, por no oírlos, se le herniaban todos los chicos de tanto llorar y ella los curaba con aplicación de vendajes, en los que consiguió fama creando una costumbre que perdura todavía.

Los Carbayos, trabajadores, cultos y probos, desarrollaron en la finca de «Los Paquines» una labor única en todo el contorno, convirtiendo un pedregal en la mejor finca conocida.

Familia ejemplar, de hondo sentido fraternal, vivió en el campo siempre, compartiendo el pan y las fatigas con los cooperadores de su trabajo.

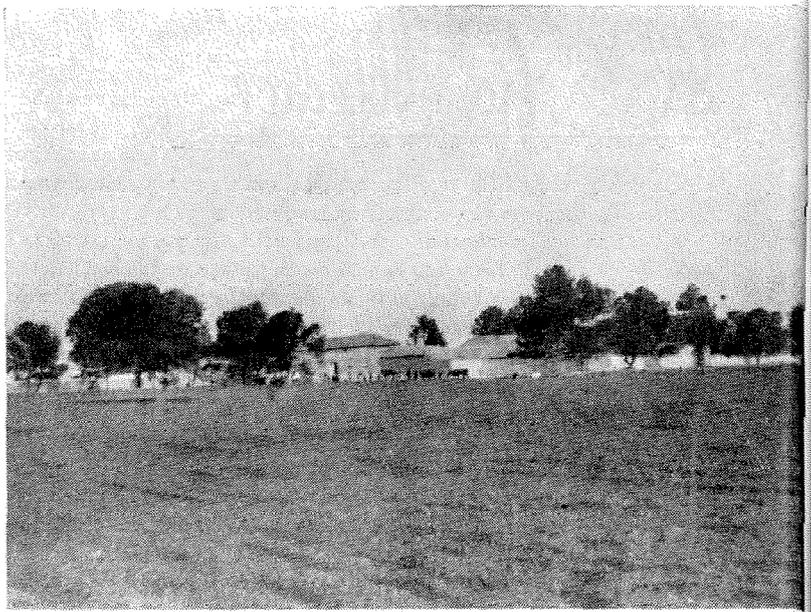
Nicomedes, su último dueño, siguió como «los tíos» trabajando incesantemente, mientras pudo, en la finca, que mejoró mucho y ahora está en plena transformación de regadío.



Aquí aparecen sentados tres de los hermanos Carbayo. De izquierda a derecha Fulgencio, Primitiva y Evaristo, los auténticos creadores y sostenedores de la «Casa Paquín», vidas ejemplarísimas de trabajo, austeridad y constancia, como acredita sobradamente su aspecto, que no salieron nunca de la finca ni abandonaron la labor, cuyo recuerdo debe perpetuarse en Alcázar como enseñanza y como prueba de reconocimiento por su magnífica aportación al acervo lugareño.



La Carretería de Cosme



Una vista de las edificaciones de la «Casa Paquin»

ISIDRO Montalvo, «Isidro el de Cosme», tenía la Carretería en la calle del Cristo Zalameda, en un caserón inmenso que había donde después hizo su casa Tomás Alvarez.

Era aquella una casa lóbrega, con puertas de fuerte armadura y tableros de cuadradillo, pintadas de color de chocolate, unas con grandes clavos, otras sin ellos, pero todas con fuertes herrajes. Patio grande con galerías anchas y columnas de piedra arenisca, vulgares, casa como las de los Racioneros, como las de «La Niña», como la del Guerrero y otras cuya desaparición no acredita buen gusto.

Isidro tenía el taller en una sala grandísima, donde se helaban hasta las palabras, a la derecha del portal y con puerta a la calle que él abrió.

Todas las carreterías tienen por necesidad local grande y pisos de tierra remolida, como las tonelerías, pero la de Isidro parecía una cantera.

Aunque en todas se trabajara la madera había una gran diferencia entre las carpinterías, las carreterías y las tonelerías, por su olor, por su aspecto, por su cuidado, por los detalles de su obra: el carretero era el más descuidado, pero Isidro, dentro de lo que imponía el oficio, era de lo más fino, atento y bromista, que a todas horas tenía el taller embargado por el panete, siendo casi fijos el de las once de la mañana y el de las seis de la tarde.

Al mismo tiempo que Cosme vivía allí «Corcillas», el de la diaria de Criptana y bastantes años antes vivieron allí mis abuelos y mi padre recordaba que de chico salía con una cesta en cada brazo a vender pan por las casas, episodio totalmente olvidado por todos menos por él, que conservó el amor al rincón mientras vivió Isidro, siendo contertulio de los panetes.

La tisis se cebó en las familias que ocupaban la casa, acentuando el tinte sombrío de la vivienda. Severino, el hijo mayor, músico competente que gozó fama de artista y al que ví con imprudente frecuencia hasta su muerte, es el caso más impresionante que recuerdo de consunción por tuberculosis. La gente le echaba la culpa a los miasmas de la madera que se difundían malignamente. Hacia muchos años de la muerte de Isidro, al que apenas recuerdo, pero la creencia en la maldad de la madera estaba intacta todavía y aquel local, que durante tantos años fué escenario de bromas y bullangas, vacío y olvidado, sonaba como una tumba al pasar por el portal.

Buena sombra

LA tenía, indudablemente, José María Gómez, el marido de la Dositea, cuya vida fué una pura broma, porque él solo percibía el lado risueño de las cosas, aun-

que fuera rebuscándolo y disimulando la parte triste que siempre hay en todo.

Fué un hombre admirable, jovial, ocurrente, divertidísimo y puntual asistente a todo lugar de expansión, que alegraba con su presencia. Hacía muy buena pareja con Reyes Romero «Brocha» del que era inseparable, hasta el punto de que un día le llevó a las olivas del cerro en su tilburi. Reyes arreaba, decidido, y José María cayó al suelo. Al reparar que no iba en el cochecillo, volvió a por él y lo encontró maltrecho y con un brazo roto. Pues bien, fueron a sus casas, inventando historias leves, sin decir lo que había pasado y tan amigos. ¿Para qué asustar a la familia y producir disgustos? ¿No es una norma admirable? Y así siempre.

Le dolían las muelas a la Dositea y se le hinchó la cara, tanto, que decidieron sacársela. No encontró a Manuel Quintanilla en la tienda y se acercó a ver si estaba por la estación, pero allí tropezó con el Conde y otros amigos que iban al teatro, a Madrid. Lo liaron en su capa y se lo llevaron. La pareja de escolta de la guardia civil fué a explicar a la Dositea la ocurrencia, que no estaba dando las muelas, porque ya Manuel se las había quitado por partida doble; primero, la buena, y luego la mala. La Dositea recibió a José María como si tal cosa, porque como mujer de gobierno sabía lo que se hacía y porque, ¿qué iba a hacer si a él lo arrastraban todos los aires o se iba solo detrás de cualquier musaraña?

Un día, entró al Casino un morceguil. José María penetró en el salón persiguiéndolo con su sombrilla y se armó el gran escándalo, corriendo por mesas y divanes hasta que se quedó solo con el puño de la sombrilla.

Solía decir que a él le pasaba lo que a nadie y tal vez tuviera razón o acaso que pasándole las cosas que a todos, en él eran como en nadie. Fueron a la laguna y como aquello está tan desamparado, se entró en uno de aquellos cajones en función excusada. Pues bien, en ese momento fueron a volcar la caseta para sacarla fuera de la casa y le hallaron en la consabida posición, moviéndose la algazara natural.

Soñaba en su cama plácidamente que perseguía a un gato y dió tan fuerte patada contra la pared, soñando dársela al gato, que estuvo cojo dos semanas, pero él iba al Casino disimulando y para que no se rieran decía que se había escurrido en el corral.

¡Carácter admirable y envidiable el de José María! Con el que no hay duda que se ahorra muchos sufrimientos y aminoraba la cuantía y la trascendencia de todos sus quebrantos. Sirva de ejemplo a todos.

Una noche sufrió un contratiempo con los naipes y al salir a la calle se desabrochó las ropas, diciendo:—«¡Animas benditas, dónde están esas pulmonías, que no me coge una antes de llegar a mi casa!»

¿Qué has dicho?

LLEGO un individuo al telégrafo preguntando por el señor «Brocha».

Reyes, dijo que no sabía quién era ese señor, que él era D. Reyes Romero, jefe de telégrafos. El hombre siguió calmadamente su explicación:

—«Yo no lo conozo, pero es que venía a trearle una cantidad que me han dado y... claro... Reyes, cambió el rumbo inmediatamente.

—Vamos a ver, vamos a ver: ¿Has dicho que tienes que entregarle una cantidad? Y como trayendo las cosas de muy lejos con el pensamiento, siguió, pues mira, «Brocha», «Brocha»... soy yo.

Función incompleta

ECHABAN la «Muerte y Pasión» y le preguntaron a una si le había gustado.

Sí, pero lo último no salió.

—¿Que no salió lo último? Salió el Prendimiento, el Calvario la Resurrección y la Ascensión. ¿qué querías?

—No, señora; decía una cosa de sastrería, que no salió

El final del programa decía: «Decorados y sastrería, de la casa tal».

Cosas sensacionales

los de Herencia.

Uno que hizo mucho ruido, por lo aparatoso, fué la llegada de la caldera destinada a la fábrica de harinas, que la llevaron tirada por quince o veinte parejas de bueyes, cosa totalmente desusada aquí. ¡Qué bullicio! Aquel día no se pudo hacer otra cosa más que presenciar la descarga.

Otro acontecimiento memorable, fué el paso del cadáver de D. Victoriano Rodríguez, por la fila interminable de carruajes que vinieron a acompañarlo. Parecía que estaba ocupada toda la carretera, hasta Herencia.

Aclaración natural

EN una Junta del Casino de arriba se planteó la necesidad de elevar la cuota, sin más opción a discutir que lo de su cuantía.

Alguien puso de manifiesto el origen ferroviario de la Sociedad y otro le contestó:—«Fuimos de ambos sexos».

Indulgencia

FACO Rincón fué un hombre atrabiliario, de buen trato, trajinante, con labia y maneras gitanas, pero que se iba del seguro fácilmente y mucho más si tenía una gotilla.

En una ocasión le hizo dos disparos a otro.

En el juicio oral, estando en el banquillo, fué interrogado por la Presidencia sobre la certidumbre de los hechos. El, como extrañado, preguntó a los guardias:—«¿Qué dice ese hombre?». Y como zanjando la cuestión, agregó:—«Mire Vd. señor Presidente: Yo no quiero perder a ningún padre de familia. Lo perdono».

Y fué absuelto.

Los tíos del escàndalo

ERA un matrimonio de Jumilla, que se avecindó en las piedras de Zamora.

La mujer vendía medias y calcetines por las calles y llevaba una cesta plana, como las de las torteras, con la cual hallaba pretexto para entrar en todas las casas, pegar la hebra con las mujeres y colocar su dinerillo a buena renta, que era su verdadero tráfico. El hombre se daba buena vida y al final de la jornada, el tío Diego y su esposa se calentaban mutuamente y hasta salían a la calle en traje de Adán, el uno tras del otro. La gente les aplicó enseguida el remoquete, porque el escàndalo era diario, aunque de lo que en realidad se escandalizaba la gente era de que les cobrara un real de interés por cada duro que les prestaba. Además de la cesta de las medias llevaba otra con especias y plantas aromáticas, para curar los males.

Del dicho al hecho

VINO a la Plaza un vendedor de coplas, con un estandarte espeluznante, ilustrado con bichos raros, causantes del fin del mundo, cuya caída se esperaba para fecha inmediata.

La gente se retiraba, asustada, y quedó pendiente de la terrible amenaza.

Al poco tiempo volvió el tío con otro cartelón y la gente, al reconocerlo, le preguntaba maliciosamente por el bicho que causaría el fin del mundo y el hombre, viéndose descubierto, exclamó bruscamente:—«¡Cayó en el mar!» «¡Cayó en el mar!»

Zapalero a los zapalos

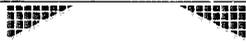
«TACHUELA» era muy celoso. Los del gremio del tirapie, con «Chichín» y «Cachile» llamaban en broma, por la noche, en su ventana, diciéndole a su mujer:—«Abre, si no está ahí Francisco, pero si está, no abras». Ni que decir tiene, que dentro, se armaba la de San Quintín, y fuera, había carcajadas a porrillo.

Calefacción central

MAÑANA de escarcha. Sopla el cierzo helado. No hay quien aguante. El pastor dice a los zagales que echen un hacho y somallen un picante y dos cabezas de ajos. Desmigan el migón de un pan y enjaretan un «tisnao». Apuran la botija de vino. Al salir del chozo, respiran fuerte y dice el pastor, que era Camilo:

—¡Escucha: Paecía enantes que hacía más friol

Agua pasada



EL alcazareño ha sido por lo general bastante fantástico para considerar las actividades y las posibilidades extrañas, que siempre vió desmesuradas.

En cambio, no se hizo la menor consideración sobre lo que podría hacer él mismo.

Alucinado o soñoliento, recostado contra una esquina al abrigo del aire, dejó pasar la vida con increíble indiferencia. Por eso no ha tenido la utilidad debida de las ventajas que se le han ofrecido.

Esta regla, como todas, tiene sus excepciones, y una excepción, aunque no fuera muy excepcional, fué la del tío «Pití»; hombre curioso y renovador del cual tenemos todavía el especialísimo detalle de la fábrica del yeso, cuya valoración exige pensar mucho en la época que se implantó.

Anota meticulosamente el hermano Antonio todo lo que hace, su resultado y el juicio que le merece.

La fecha en que siembra, el nombre de la finca, su superficie, la clase y cantidad de la semilla que le echa y lo que cosecha.

Tiene pedazos en «Torondo», «El Charcón», «El Pozo Ambrosio»; tiene alcaceles, los pedazos de la casa del tío Cándido, tiene el pedacillo de su padre, de ocho celemines, que lo siembra de géjar el año 54. Aquel año trajo Simón de Magán 30 fanegas de candeal a 38 reales y de Villacañas 40 de géjar a 33. Principió a segar el 26 de junio y remató de era el 16 de agosto.

Con frecuencia se une a otros para emprender tareas. El año 58 sembró el «Haza de los Pobres» estando de rastrojo, con D. José Pardo; gastaron 34 fanegas de cebada, a 22 reales, veintidós obradas de adovar y sembrar, a 25 reales obrada. De sembrador, 12 reales. De segadores, trillarlos y demás, 1495 reales. El total de gastos, 2805 reales. Cogieron 342 fanegas de cebada, le dieron el tercio, 114 fanegas, a D. José Guerrero y les salió a los dos a 13 fanegas y 10 celemines. Se adivina lo contentos que se pusieron. En cambio, el año 68 no pudo ni segar en la Vega, «El Raseral», «Los Marotones», «Carraquero», «El Combral», «La Cucacha» y otros, hasta 46 fanegas.

Este año, dice el «Pití», es declarado por todos los habitantes como el más miserable del siglo, dejando a los labradores paralizados, que echaron las mulas a la Vega por no poder darles de comer y lo más triste, agrega, es no poder empanar los barbechos, El, sin embargo, empanó, pero con el mismo resultado, pues apenas recogió la simiente, porque el año fué tan malo como el anterior y la miseria se extendió por todas partes.

El año 63 tuvo que partir por mitad con los hijos, por la muerte de su madre, 267 fanegas para cada parte. Anota, melancólico, que solo le dieron cuatro carros de paja de candeal y uno de géjar y tuvo que comprar paja para las mulas y hasta un carro para la lumbre, que le regaló Teodoro Baillo (maestro carretero), lo que quiere decir que el hermano Antonio se espatarraba patricialmente delante del fuego para echar sus cuentas.

Le salió el piujar de ese año, «para la cuenta de Malaco, a 2 fanegas y 9 celemines» y agrega como queriendo consolarse: «también cogí 10 fanegas de candeal de tres que tenía mi mujer sembradas en tierra de D. Francisco Vicente Salcedo. Rastrojé con géjar y tuve otras 10 fanegas».

El año 69 se unió a D. Antonio Castillo, José Forner, Manuel Muñoz, Vicente Moraleda y Simón Castellanos y sembraron 80 fanegas de candeal en «La Serna». Escaparon regular.

El año 74 lo calificó de «malo, malo, malo», por la escasez de lluvia, volviendo los labradores a las escaseces de los años anteriores.

El año 77 sufrió dos inundaciones por nubes en la era y calculó las pérdidas en la siguiente proporción: 150 fanegas de cebada a 14 reales, 2 100 reales; 25 carros de paja a 30 reales, 750 reales; 10 fanegas de candeal a 42 reales, 420 reales; 30 fanegas de avena a 11 reales, 330 reales. De mudar las mieses a otras eras, 25 obradas, 750 reales. De aviar la era, 60 reales. Total de pérdidas: 4.950 reales.

El hermano Antonio hacía sus observaciones.

El año aquel que no pudo segar, por ejemplo, tenía sembradas cuatro fanegas de titos y las había puesto en agua un día y dos noches para experiencia.

No se puede decir de él que fuera un hombre culto en el sentido de cultivado intelectualmente. Su instrucción era muy elemental, pero resaltan su buen criterio y su meticulosidad y se nota ya en él ese puntillo remilgado que se ha venido manifestando en los leídos a través del tiempo con

He aquí al tío «Piti», Antonio Castellanos Morales, «el Piti primero» que nació el 21 de Noviembre de 1808, con el cual resulté emparentado por su matrimonio con Rosa Pérez-Pastor Quintanilla, hermana de mi abuelo materno. De este matrimonio sobrevivieron Juan Antonio y Simón. Esta fotografía está precisamente dedicada a Simón por su padre, el año 1872, a los 63 años y en ella aparece Eduardo, de 6 años, hijo del segundo matrimonio de Antonio con Nicolasa González Bollo, pues Rosa murió de un cólico fulminante, estando Antonio en Ruidera, el año 1862.

A los pocos meses de nacer Eduardo, estuvieron gravemente enfermos la madre y el hijo, con carbunco. A la madre se le quemaron con cáustico y arrojó la costra a los 17 días, al niño, de 17 meses, le dieron fuego con llave y soltó la escara a los 10 días.

Se ve al hermano Antonio, muy cargado por la edad, ofreciendo un evidente contraste con el presente. Sesenta y tres años eran muchos años entonces y aun después se libraban los quintos por hijos de padres sexagenarios. Ahora, la gente gallea a los 70 como si tal cosa; del que se muere antes de los 80, se dice que «no era muy viejo», y hasta esta palabra «viejo» se va eliminando del uso por el eufemismo de «mayor».



respecto a ciertos nombres del pueblo. El no leía. De haberlo hecho no hubiera podido disimularlo con su inclinación a mover la pluma. Oía sin embargo a otros que leían algo y sin duda por ello no le sonaba bien lo de «Abuzaderas» y decía «Avuzaderas» y lo mismo con «La Altomira» llamándole «Alto de mira» ¡No le llamarían la atención el brio y la clara resonancia de los nombres tal como se dicen, como los otros que él citaba, «Carraquero», «La Cucacha», «Los Marotones», etc.

El año 1855 puso la viña primera de «La Altomira» que agarró muy bien, 2.300 cepas, costando los jornales a cuatro reales. Se cavó el año 60 gastando 194 peonadas a cinco reales y medio.

El año 58 puso la de a linde 3.700 cepas que salió mal. Los jornales a cinco y medio reales y hasta los 4 años no agarraron todas. Costó el cavarla 201 peonadas, 1.254 reales; la tierra 1.440 reales; el ponerla, 1.573 reales.

El año 64 puso la viña del «Cerro Giguéla» a medias con Pedro Carretero. El 67 se hizo cargo de toda, abonándole por su parte—2.600 cepas—a nueve cuartos por cepa. La tierra valía a 150 reales la fanega.

Otras pequeñas suertes costaron poco más o menos. A Julián Sierra le compró el año 72, mil novecientas cepas a 3 reales una.

El año 66 empieza sus cuentas de vendimia y coge 216 seras de uva, que le dieron 550 arrobas de vino en puerco. Le compró a Bernardino Soriano 40 arrobas de blanco y 160 de tinto a 2 y medio reales todo. A Morugán 71 arrobas a 4 reales y a Carreño 10 a 3 reales, con lo que hizo 125 arrobas en puerco. Llovía mucho y los vinos resultaron malos.

El año 67 empezó a vendimiar el 16 de septiembre. No se mojó la uva. Entinajó 748 arrobas de mosto tinto y 150 de blanco. Compró 148 arrobas de casca, pero le sobró tanto que repartió 80 cántaros de caldo; a su hermana Teresa, 48.

El año 68 se pudrieron mucho las uvas y tiró más de 60 seras, aunque no se descuidó en hacer la vendimia. Cogió 212 seras de blanco y 23 de tinto, dándole cada sera 3 arrobas de mosto. No compró casca. Vendió el blanco desde la madre a 5 reales arroba, para la fábrica de Rivas y el tinto lo vendió a ramo a tres cuartos el cuartillo.

Sigue recogiendo cosechas, muy contento de la producción de «La Altomira» hasta el año 72 que anota algunas novedades: la de haber llevado uva a la fábrica del Marqués, la de haber cogido 530 arrobas menos de las mismas viñas. Al año siguiente habría de anotar también que había apretado más el gusano, que siguió llevando uva a la fábrica a 2 reales y medio arroba, tomando 5.218 reales de 2.068 arrobas y 50 reales de 6 banastos que vendió.

Continúan los años con pocas alternativas, simultaneando ya siempre su elaboración corta con la venta a la bodega del Marqués y la venta de banastos para colgar.

Tuvo el hermano Antonio una **muletá** con Santiaguillo y otros donde tenían ganado propio y ajeno.

El año 1878 el mayoral—Agapito Morollón,—ganaba 1.300 reales anuales. Su hijo José Antonio 240 reales. Al mayoral había que admitirle una caballería mular.

El ayudaor de las mulas ganaba 1.000 reales anuales y el ayudante 720, lo mismo que el zagal.

Aparte se le daba la *hateria*, cuya cuenta no es menos curiosa que la ya apuntada. Cinco fanegas de candeal y 4 libras de aceite, 234 reales. Media arroba de sal y ajos, 3 reales. Cuatro libras de aceite, 8 reales. De vino y aguardiente, 20 reales. Un quintal de sal para las mulas, 13 reales. De un viaje de Agapito al Horcajo, 12 reales. De capar dos potros, un macho y un burro, 40 reales. De apañar un tornajo, 10 reales. De un caldero nuevo y echarle un culo a otro, 32 reales. La cuenta es larga pero el total del año arroja 3.435 reales. En otros años, sin alteración de precios hay algunas partidas curiosas. Las patatas figuran siempre incluidas con el aceite sin especificar cantidad, pero como el aceite es a dos reales libra hay que suponerse que en los 2 ó 3 reales que quedan van una o más arrobas de patatas, por ser artículo de mucho consumo. No figura, en cambio, sorprendentemente, la harina de titos y el bacalao muy poco, como las hortalizas. Cinco libras de aceite, ajos y pimientos para el mes, 13 reales, dice una vez. Por alquiler del destete pagaban 40 reales mensuales y en arreglarlo cuando les dieron las llaves, gastaron otros 40.

De gasto en el esquila de las mulas, 182 reales y en el de las ovejas, 122. Una tinaja para la leche, once reales y medio. Del maestro veterinario, 268 reales. Una arroba de esparto, 13 reales. Doce botijas, 30 reales. Una fanega de candeal para el perro, 52 reales. Dos arrobas de sal para las mulas, 7 reales. Vino, arroz y bacalao el Jueves Santo, 17 reales. Medicinas para las mulas durante un año, 32 reales. Una arroba de vino el día que salieron los muleros del destete, 12 reales. A Simón por el tabaco para el recorte, 32 reales.

Todas las relaciones que comprenden bastantes folios llevan el castizo encabezamiento de «*hateria*» y «*sigue la hateria*» de las cuales no se han tomado más que alguna que otra partida para dar idea de los precios.

Los ingresos figuran como de Guardería, según eran realmente. Arcangel Flores, por un mes una mula, 20 reales. Por tres de Mamerto del Quintanar del primer trimestre, 153 reales. Diego Morales por 6 lecharras hasta el 31 de marzo, 119 reales y la burra de Casimiro, por dos meses, 20 reales.

Diez y nueve mulas y dos machos comprados en Cea y León el año 77 para la sociedad Santiaguillo, Vicente Moreno, el «Pití» y Diego Morales, en el mes de octubre, costaron 33.600 reales y los gastos de viaje 1.100 reales y cuatro mulas que le compraron a Diego González, 8.700.

Vendieron dos en Villafranca a 30 meses, una a 4.250 reales y otra a 3.050. Otra en Herencia, en 3.650.

El año 78, diez y nueve muleros y 3 machos les costaron 36.775 reales, los gastos de viaje 1.536.

Vendieron una treintena en la feria en 2.310 reales, otra a Benedicto Pérez en 4.100 y otra a Antonio Viñas en 3.500. También hicieron ventas en Villafranca, Camuñas, Illescas y Ciempozuelos.

Los pastos se pagaban por este orden. A Mariano Gallego, de Herencia, por 20 fanegas, 80 reales; al Fraile del Riatero, por 5 fanegas, 20 reales; a Elías Cobo, por 4 fanegas, 16 reales.

El año 72 compraron en El Bierzo 26 mulas y un macho que costaron 41.284 reales, entraron en el destete el 30 de octubre y salieron el 3 de marzo.

Una compra en la tierra, en Quero, de once mulas de 3 años y dos machos, les importó 35.200 reales, más 31 de merienda, para ir a ajustarlas, 71 de alboroque y 11 de ir a por ellas.

Vendieron la mula ojiblanca en Aranjuez, al dinero, en 3.600. El macho castaño, a medio pago, en 2.600. La tordilla grande, en Villanfranca, a dos años. La otra más chica, lo mismo, 2.900, la otra tordilla, igual, y dos que quedaron, a los gitanos, en 6.150 reales.

Son curiosos, también, algunos gastos extraordinarios, por ejemplo, a los alguaciles por la subasta de Nava Blanca, 12 reales. Al Secretario, 72 reales. Aguinaldo de Pascua a la gente, 80 reales. Vino y aguardiente, 27 reales. Una botella de aguarrás y alcanfor, 5 reales. Un burche comprado a Alfonso Cárdenas, 240 reales. Un cordero nuevo, 19. Por 400 cuartillos de vino a los pastores, los días que estuvieron haciendo queso, 200 reales. Por 22 ovejas, a Juan José Palomares, a 75 reales y 4 reales de alboroque, 1.654 reales. A Juan Julián, por 37 días que estuvo con las mulas, mientras duraron las ferias, a 3 reales, 111. Al maestro veterinario por la asistencia de las muleras y herraduras durante el año, 157 reales. A Agapito, para pasar a Illescas a cobrar lo del año antes, 60 reales. 25 carros de paja para las cuadras, 1.250 reales. Una tinaja y 7 cántaros, 22 reales. De una oveja muerta recogieron 40 reales, y cantidades parecidas de otras varias. De una que se arrojó, el pellejo, 12 reales.

A pesar de ser tan larga, esta relación es solo una parte, salteada y recogida al azar, para que no falte en esta obra una prueba con diferentes variantes de los precios que regían en Alcázar por el tiempo que consideramos.

Rincón típico de un corral de pastores, en el Pozo Cardona, de Alcázar.

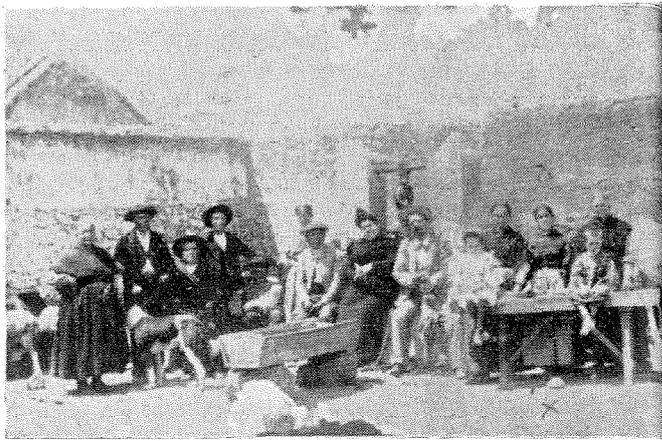
Se trata del corral de «Chozas», con alta cerca de tapias, en el que se ha rechazado el ganado y las caballerías contra el rincón para hacer el retrato, viéndose el torcazo y el entremiso.

Se encuentran en él, de izquierda a derecha, la hija del «Chato Ramos» (Cándida) y «Chozas» (Francisco Monreal), Santos, el zapatero, y Gregorio Monreal, el que fue mozo de equipajes, y Julián, con un perro en los brazos, la Candelas de Melián y «Binga», el cochero de la «Pantoja», Doña Enriqueta y D. Julián sentados en el brocal, y Carmelo en el pico del entremiso.

La Jesusa «La Chozas», la Petra, «La Jaramilla» y «La Chata de Ramos», la de los huevos. El otro muchacho es Serapio, el más chico de «Chozas».

Destacan, sobre todo, los detalles de indumentaria, porque hace calor, como se notará por la resplandeciente luminosidad. Las ovejas, esquiladas, pero los pastores bien tapados con sus trajes de pana y sombreros de fieltro; las mujeres con su pañuelo del cuello, todas.

Apartados de lo rústico, está D. Julián, con su sombrero de paja, su cuello duro, su traje de paño y su sombrilla y Doña Enriqueta, encorsetada, con su abanico, pero con su vestido fuerte y cerrado desde la barbilla hasta los pies y no le faltan a Carmelo su gorra, sus medias y sus botas, para que no vaya enseñando las carnes, como marca el signo de los tiempos.



Mañanas pastoriles

EN la hatería del «Pití» a los muleteros, figura la partida frecuente del esparto, porque en labores de esta libra se invertían muchos ratos desocupados de la vega.

La desocupación fué el motivo de que los pastores en general sobresalieran en «monerías» hechas con esparto, cañas, carrizos y cordelillos.

Sobre esto, los muleteros tenían los residuos del esquila, utilizándolos hábilmente para hacer sogas de crines y con ellas ramales, cabezones y collares para las bestias de uso. La habilidad estaba en trenzar ocultando bien las puntas de las cerdas para no pincharse al pasar las manos, aunque de todas maneras había que manejarlas con cuidado, porque como decía Cristóbal, para eso estaba el conocimiento.

Del collar que les ponían a los burches, muchas veces colgaba un cuernecillo y con los pellejos de las ovejas que **apañaban** porque les **entraba algo**, torraban las monturas y aparejos para ir y venir a gusto, como hechos a la comodidad que estaban y a no desperdiciar nada de lo que caía.

De cuando en cuando, los pastores de nuestras vegas se entretenían y animaban la majada con la caza de alguna alimaña, por lo general con trampa; zorros, garduñas, tejones, gatos monteses, erizos, comadreja, águilas o bien inocentes perdices, pájaros, grajos o chorlitos, zumayas, sisones y aun abutardas cogidas con ballesta, pues nuestros hombres no eran tiradores.

Los pellejos de los tejones, de pelo fino, largo y suave, los ví más de una vez traídos del campo.

La persecución y captura de las alimañas daba pábilo a las conversaciones de la majada por largo tiempo y recuerdo haber oído comentarios llenos de temor por la presencia en nuestro campo de la peor alimaña: el lobo. Siempre había preocupación por sus acometidas en los inviernos y los mastines de anchas carlanas, que los chicos mirábamos con respeto, eran visión frecuente en las calles del pueblo. Hace años que no se oye nada de esto, ni se ven los perros de ganado con el cuello erizado bien de aceradas púas, ni se percibe en el ambiente aquel aire de leyenda y ensueño que dejaba el ganado al cruzar, traído de tierra lejana y elaborado en largas horas de holganza y contemplación.

Tanto como llama la atención **ahora** el no encontrar en la hatería del «Pití» la harina de titos, ni los tomates, cebollas, calabacines, guindillas y demás hortalizas conocidas con el nombre de forraje, y solo rara vez los pimientos, la llama, la cantidad de candeal, varias fanegas todas las semanas, las libras de aceite, las patatas, los ajos y la sal. No habla de harina, sino de candeal, sin duda molerían el grano en los molinos próximos y la base de su alimentación serían las migas famosas de pastor, retostadas como ellos, al freirlas en aquel aceite trabado que llevaban en los cuernos que les servían de alcuza. Con un caldero de migas calentaban la barriga por las mañanas y con el ajo de patatas a mediodía.

«Frasco»

ALTO, bien plantado, arrogante, con cierto cabeceo al andar, por rigidez excesiva de los pies, aire característico de su familia, pero que en él no aminoraba su prestancia, más bien la aumentaba, favoreciendo la majeza tradicional en los pastores, que le venía de herencia y aunque no usaba cayada, parecía que la llevaba en su mano, ocupada siempre con el cigarro gordo, toscamente envuelto, húmedo y vertiéndose, detalle que contrastaba con su porte e indumentaria.

Antonio vivía en sí y para sí, en monólogo, que se hacía perceptible exteriormente por la gesticulación que le era habitual. Deambulando por la Plaza y paseando por la puerta de su casa, se le veía horas y horas, hablando solo, y accionar a lo Don Quijote, como si estuviera planeando alguna singular aventura. De pronto, salía a paso ligero en cualquier dirección o se entraba a su casa a descansar de la agitación mental. Otras veces, con el pensamiento en las nubes, se acercaba a un grupo y pareciendo que no estaba en aquello, empezaba a perorar como si hubiera estado allí desde el principio de la reunión. O bien agachaba la cabeza y se retiraba sin decir nada, pero pareciendo que iba a algo importante, porque daba la impresión de estar siempre embebido por

lo más trascendente y alejado de lo que le rodeaba.

De las diferentes actividades que emprendió, incluso fué practicante titular, todas iniciadas con entusiasmo, en la que más persistió y sobresalió fué en la caza, que ejerció toda su vida sin un momento de decadencia, haciendo a pluma y a pelo, pero su nombradía la consiguió con la escopeta, considerándosele como la primera de Alcázar. Había el acierto en el tiro, cosa fuera de dudas, pero había, también, el adorno en la suerte, el realce en la explicación, la razón de la puntería y el magisterio de modos y maneras, la enseñanza que se pretendía dar y tomar.

Su nombradía fué tanta, que el Pastor Poeta pudo escribirle con esta segura y ya conocida dirección:

Cartero: Seré testigo
de tu especial diligencia,
cuando la correspondencia
se la entregues a mi amigo.

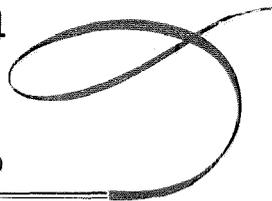
A proclamarlo me obligo
si lo buscas con afán,
preguntando a un cazador,
quién es quien caza mejor
en Alcázar de San Juan.

Naturalmente despejado, conversador inagotable, con boca suavizada por abundante saliva, mezcla de Quijote y Sancho, con predominio de la fantasía que coloreaba a su gusto, sin que esto signifique que fuera un trolista, porque él era el primer convencido de cuanto decía.



En esta fotografía aparecen de izquierda a derecha, Zarca y Pepe Moreno con indumentaria un tanto exótica; Zarca, parece un franchute y Pepe, un turco. A continuación Pepe Cuartero, Emilio Paniagua, Manuel Comino, «Frasco» y Victoriano Comino. «Frasco» va enfundado en una cremallera que parece inducirlo a un encogimiento de hombros muy típico en él, más acentuado porque aun estando armados hasta los dientes, no hay nada que llevarse a la boca. «Frasco» está decepcionado y Manuel, mirando un poco hacia arriba, como solía, le está diciendo a Emilio: «Ná, muchacho, es que no hay, aunque éstos digan lo que quieran, y lo que debemos hacer es irnos a nuestra casa ¿qué pintamos aquí, estando reventados, como estamos?».

La vida de las cosas



EL desvelo aviva el recuerdo remoto, como si aprisionara el principio y el fin de la vida de cada ser, creando la zona de calda para la fusión final.

El desvelado se encuentra cada madrugada con la animación de las cosas, que se hace perceptible durante la noche, como por el día se percibe la de los seres vivos.

Cualquier ruido os trae al pensamiento una escena de la infancia y el recuerdo de los padres. El mío, muy hecho a las soledades del campo, a las noches de tormenta en la lejana quintería, al largo caminar nocturno del agosto y al duermevela a campo raso, tuvo regulada su vida hasta el último instante como un gañán en activo, aunque no lo ejerciera, y su mejor cama durante el verano era una manta sobre el suelo en lo ancho del corral, y de cabecera un canto metido en el cojín o la chaqueta hecha un doblez.

Nunca le noté miedo a nada, ni le conocí armas de ninguna clase, habiéndole observado varios actos de arrojo que le acreditaban de poco perezoso cuando había que decidirse.

De chico, me echaba con él en la manta. El se levantaba a media noche, la primera vez. Hacía sus menesteres y miraba las **Cabrillas** y la **Boca la Bocina** para ver la hora y se echaba. Lo incómodo del colchón hacía que me despertara yo también. El se dormía en seguida, pero yo no, y recuerdo los ruidos nocturnos que él consideraba con tanta indiferencia como yo ahora, pero que entonces me hacían irme corriendo a la cama, en mi cuarto aldeano, de paredes enjalbegadas y bovedillas con tirantes al descubierto.

Escuchadas con tranquilidad, sorprende la animación que toman las cosas en el silencio de la madrugada; el agua que mana el pozo, el crujido de la mesa o de la silla, la pared que se cuarteja; el aire que entra por la rendija, la tierra misma que se contrae. Durmiendo al raso, es incalculable la cantidad de ruidos misteriosos que se producen y que ponen los pelos de punta a los no acostumbrados. Parece como si un mundo nuevo despertara en el silencio iniciando su actividad, como si las cosas inanimadas tomaran vida y al despertarse nos fueran haciendo indicaciones de su desperezo; hasta la estrella errante que cruza el espacio como un cohete silencioso, produce en el observador una sacudida de sorpresa inquietante, coronando el estado de inseguridad y zozobra que dimana de ver animarse lo inerte, considerado por la apariencia durante el trajín del día como quieto y fijo.



El amor a las cosas

 ¡CUANTAS veces me he visto en contacto entrañable con los sentimientos más íntimos de las personas que me han favorecido con su confianza.

Mi recuerdo inefable está a favor de las mujeres solitarias; mozas viejas, viudas, madres arrinconadas por el desamor y abuelitas avellanadas a las que el mundo tenía en el olvido, como si no existieran, hasta el punto de sorprender su presencia.

He compartido mucho la hondura de sentimientos con estas mujeres, cuando me han acogido en el recinto sagrado de su intimidad, revolviendo ante mí, en confesión melancólica, el cajón de la cómoda, la alacena de los pies de la cama o del rincón de la ventana o el mechinal de detrás de la puerta. ¡Con qué emoción he asistido al acto amoroso de sacar el cajón y de colocar las cosas rememorando sus orígenes, su uso, su abandono luego: el cinturón de la hebilla dorada, el libro de misa, lleno de flores secas, la concha con la Virgen pintada, la nuez con la gruta de Lourdes, el abanico de nacar, el reloj viejo, las gafas con un cristal y su caja de cartón, la sortija amohecida, el Crucifijo negro, las agujas de hacer media, los ovillojos de hilo,

pardo por el tiempo. Las enaguas, sayas, corpiños, pañuelos y ropajes de antaño.

Estas mujeres tenían concentrado en su cuarto y en el ajuar con el que se entretenían todo su amor. Apenas si ninguna otra cosa llamaba su atención. Carecían de afectos, no tenían bienes ni los apetecían, solo les embelesaban aquellas cosas revueltas que les recordaban el tiempo mejor o de ilusión esperanzada, ya extinguido, pero que parecía impregnar aquellas cosas, miradas y acariciadas siempre con tanto amor.

He pasado instantes de ternura inigualable con estas viejecillas. ¡Oh! el saltar de aljófara ceñido a la garganta, flanqueada de puntillas. ¡Qué recuerdo tan halagador!. La abuela repasaba las cosas, las acariciaba, hablaba bajo y despacio, recordando: ya no suspiraba, pero impensadamente una gota de agua humedecía el abanico de seda que tenía abierto. Era una lágrima. La abuela callaba, agachaba la cabeza y quedaba quieta. Después de secar los ojos, iba plegando el abanico, sin pensar en ello, cerrando las varillas una a una, conmovida por los recuerdos engendrados del amor a las cosas.



